

Ecce Homo

por

Louis Claude de Saint Martin

Capítulo I

Cuando en el campo de las ciencias exactas y naturales, nos enfrentamos con los axiomas, no nos preguntamos porque éstos son verdaderos, estamos convencidos que encuentran su respuesta en sí mismos.

Tal sensación encuentra su razón de ser en la relación que existe entre la exactitud de aquellos axiomas y la chispa de verdad que brilla en nuestra mente. Es como si nos encontrásemos de frente a dos rayos de una misma fuente de luz que mismo pareciendo distantes uno de otro, se unen por su analogía y penetrándose, transmiten el calor y la luz recíprocamente.

Servirnos por lo menos de la verdad que los axiomas nos enseñan aunque sea parcialmente, puede ser importante para nosotros, más la existencia de esos dos elementos esenciales que acabamos de conocer no pueden determinar ni la exactitud del axioma ni la intensidad de la chispa de verdad en nuestra mente. Ambos se presentan dotados de una vida natural propia sin peligros de impedimento y los dos rayos podrían separarse sin producir ningún efecto y no perderían su esencia y su carácter constructivo. Un matemático podría encontrarse inmerso en el sueño; esto ciertamente no impediría la verdad geométrica de existir y ni el ingeniero de poseerla o servirse de ella en el momento oportuno.

Existe por ello, una filosofía que niega todo esto, porque no distingue los seres y su esencia como algo distinto de sus propiedades, porque se detiene en las simples modificaciones de las cosas y niega, o antes, condena abiertamente la existencia autónoma de los seres más allá de las impresiones. Queremos simplemente advertir sobre esto, sin detenernos en una discusión, a todos aquellos que no conocen esta filosofía y aseguramos, que encontrarán en sí mismos la defensa de tales dudas. Sigamos adelante.

El alma humana, sea por un impulso propio, sea por una dádiva, se eleva al sentimiento íntimo del ser universal que abraza todo y produce cada cosa, al sentimiento de aquel ser desconocido que llamamos Dios. El alma nada más procura descubrir los axiomas particulares de cómo darse cuenta de la verdad total por la cual se siente conquistada, no de la viva alegría que la verdad le dirige; esta siente que este gran ser o esté gran axioma existe por sí y que es imposible que no exista. Siente igualmente en sí, a través del contacto divino, la realidad de la propia vida pensante e inmortal. No tiene más necesidad de indagar sobre Dios no sobre sí misma; en el afecto santo y profundo que experimenta y dice para sí, en un verdadero y particular éxtasis de seguridad:

- Dios y el hombre son seres verdaderos que pueden conocerse en una misma luz y amarse en el mismo amor.

¿Como puede el alma tener la sensación exacta de tales verdades inmutables? En virtud de la misma ley que manifestó a su mente la certeza de los axiomas parciales; ésta siente la existencia inatacable del principio superior de su ser y de ella misma a través de la relación y de los vínculos que existen entre éstas. Entonces sin esto, la convicción de la existencia de estos dos seres no podría alcanzarnos ni fijarse en nosotros, y si este fuego

divino no encontrase en nosotros una analogía poderosa, nos atravesaría sin dejar ningún vestigio y ningún sentimiento de sí.

Basado en la misma ley – que aprovechamos o no los tesoros de la verdad revelados del contacto divino – el hecho posee indiscutiblemente una gran influencia sobre nuestras verdaderas satisfacciones, mas no hay ninguna influencia sobre la existencia en sí de los tesoros, no sobre la existencia de parte de nuestro ser, que constituye su receptáculo.

Así, la privación de este sublime sentimiento en las almas alteradas, e todos los pensamientos ilógicos que de ahí derivan, no pueden aniquilar ni el principio necesario y eterno de los seres, ni la analogía divina que todos nosotros tenemos con éste. Aquello que puede ser confirmado y valorizado por las señales o testimonios exteriores, más no puede derivar de éstos la propia realidad, en cuanto esta es anterior, independiente es el existir del hecho que trae en sí.

Este aspecto de lógica natural, clasificando los testimonios, no excluye sus privilegios. Aquello que es, no puede derivar en la propia realidad de las señales y de los testimonios exteriores, dado que tal realidad es anterior a éstos. No es por lo tanto verdad, que en la esfera temporal en la que estamos, sin ellos y sin su acción, la realidad de hecho no podría manifestarse fuera de sí misma; y ni aquellas señales y testimonios exteriores pueden considerarse como indicadores seguros de la fiel expresión del tipo de la realidad o del tipo de la idea que se delinea en éstos, para hacerse conocer. Esta ley, mal profundizada, dio lugar a un error de los filósofos induciéndonos a confundir el medio con el principio, el órgano de la manifestación con la fuente de esta manifestación.

Ahora bien, visto que percibimos que no existe una realidad que intenta satisfacer la propia medida, debemos presumir que una inmensa cantidad de objetos que nos rodean tengan un amplio e importante objetivo, esto es: promover las realidades, cada una según el propio género y la propia clase, o si se quiere, testimoniar a favor de aquello que es, y de cualquiera de sus manifestaciones. De hecho, es útil para nuestro pensamiento conocer los hechos y las realidades, y que nuestra alma se adueñe donde crece el patrimonio de la existencia.

Mismo existiendo poca familiaridad con las obras ya publicadas sobre temas del género, es necesario reconocer que nuestro ser espiritual y nuestro ser físico, poseen algunas facultades relativas al importante objetivo del conocimiento.

En efecto, nuestros órganos materiales transmiten nuestra animación sensible, la impresión de las formas y de las imágenes de todos los objetos que a ellos se presentan, así como transmiten el sentido de las diversas propiedades de las cuales tales objetos están revestidos. Nuestra alma pensante en seguida, tiene la tarea y el poder de analizar todas aquellas propiedades, de considerar cual sea el objetivo de la existencia de todos aquellos diversos objetos, cuando el fin le es desconocido. El alma pensante tiene el derecho de buscar nuestros objetos, la idea de cual de éstos son la expresión, cuales hechos testimonian, o cuales realidades manifiestan; y todos nosotros debemos admitir que no estamos real y completamente satisfechos, si no cuando, nuestro pensamiento se alegra al conocer el fin último de los objetos, así como nuestro ser sensible se alegra como las impresiones que recibe de las diversas propiedades de los propios objetos: nuevo motivo para convencernos que todos los objetos son la expresión de una idea. De hecho, ¿cómo podrían estos, conducir nuestra inteligencia a este objetivo luminoso y de satisfacción, si no fuesen ellos mismos por así decirlo, descendidos del mundo de la luz o del mundo de las ideas?

Por otro lado, ¿los hábitos mas comunes entre los hombres no son iluminan sobre la gran verdad, que todos los objetos que nos rodean son la expresión de una idea? ¿Todas

las investigaciones de las cuales se sirven los hombres hoy en día para las propias necesidades, para los propios placeres, para la propia comodidad, no contienen en sí el carácter de la idea a la cual deben su propio origen? ¿Un libro no es tal vez la señal del proyecto de un hombre que decidió representar sus propios pensamientos en único órgano? ¿Un carruaje no es la señal de la intención de un hombre de hacerse transportar rápidamente y sin fatiga? ¿Y también la casa no representa la exigencia de obtener una vida cómoda protegidos de la intemperie?

Creemos por tanto, que la Sabiduría suprema tenga también ideas y planes en sus obras, como nosotros tenemos en las nuestras. Esta, más allá de eso, es con certeza más fecunda y más inteligente que nosotros. Por lo tanto sus obras, si conociésemos el espíritu, tendrían la sublime ventaja de dirigir nuestro pensamiento y nuestra alma satisfacciones más vivas que aquellas que dirigen nuestra vista ostentándonos la pompa de su magnificencia exterior y de la rica y más regular variedad de sus formas. Creemos al mismo tiempo, que el objetivo de la Sabiduría suprema sea aquel de aplicar nuestro ser en la búsqueda de los propios planes, multiplicando bajo nuestros ojos, la inmensidad de objetos diversos. De hecho, si es verdad que cada realidad procura hacerse comprender y manifestarse y que no puede hacerlo si no con sus señales y con sus testimonios, nosotros facilitaremos y ayudaremos esta manifestación interrogando cuidadosamente a los testimonios y las señales, recogiendo con cuidado aún mejor sus indicaciones.

Más entre todos estas señales y estos testimonios, ¿quién más si no el hombre podría ser más digno de nuestra atención, y revelarnos las mayores verdades? ¿Quién más nos ofrecería indicios más significativos? ¿Quién más dejaría correr delante nuestro los numerosos ríos de fuego que parecen brotar vivamente de su pensamiento y de su corazón y que nos muestran, por así decirlo, como sentado sobre el trono de todos los mundos para juzgarlos y gobernarlos bajo los ojos del Soberano invisible, el único ser que el hombre encuentra encima de sí?

Todas las otras señales que componen el universo no nos son ofrecidos, dada la fragilidad que los caracteriza y sus sorprendentes disparidades, si no como tantos otros reflejos pasivos y parciales de potencias espirituales y secundarias de la divinidad.

El hombre, por el contrario, apareciendo colocado bajo el aspecto de la propia divinidad, se presenta destinado a reflejarla directamente y por consecuencia hacerla conocer completamente. Por lo tanto debemos buscar más profundamente aquel hecho, aquella realidad, él es llamado a ser depositario y testimonio delante de todos los seres, dado que reconocemos en él la expresión hablante del principio eterno, y la irrecusable analogía que uno a los seres unos con otros.

De hecho, entre todas las criaturas, él representa la señal activa del axioma total, la más amplia manifestación que el pensamiento interior divino tenga emanado.

Es el hombre, es el único ser enviado como testimonio universal de la verdad universal, recojamos por lo tanto sus testimonios, no lo abandonemos si no después de haberlo cuidadosamente interrogado, y confrontado con sí mismo, con el objetivo de establecer las diversas aclaraciones que podemos recibir de sus diversos testimonios.

Capítulo II

Los principales testimonios del hombre, consisten en el hecho que, siendo él evidentemente un santo y sublime *pensamiento de Dios*, si bien que no es “*El Pensamiento de Dios*”, su esencia es necesariamente indestructible; ¿por que como podría un pensamiento de Dios perecer?

En segundo lugar, a través de la vía del pensamiento que le es propia, Dios ama profundamente al hombre; ¿como Él podría no amarnos, como podría no amar a su pensamiento? ¡Nosotros mismos nos deleitamos con nuestros pensamientos!

Y aún (y este es el más importante testimonio que nos ofrece el hombre), si el hombre es un pensamiento de Dios de los seres, nosotros podemos reflejarnos sólo en Dios y comprendernos Dios en nosotros mismos, sólo en su esplendor, pues una representación nos es desconocida hasta que no consigamos alcanzar el pensamiento del cual éste es testimonio y manifestación. Aparte de eso, manteniéndonos apartados de esta luz divina creadora de la cual debemos ser una expresión en nuestras facultades, como lo somos en nuestra esencia, seremos apenas testimonios insignificantes, sin valor y sin carácter.

Verdad preciosa, es la que demuestra porqué el hombre, al contrario aparece como un ser oscuro y es un problema tan complicado a los ojos de la filosofía humana.

Mas aún si conseguimos reflejarnos en nuestra sublime fuente, ¿Cómo podríamos delinear la dignidad de nuestro origen, la entidad de nuestros derechos, y la santidad de nuestro destino?

Hombres pasados, presentes y futuros, todos y cada uno que representáis, un pensamiento del Eterno, ¿sabéis cuáles serían vuestras esperanzas y vuestras felicidades, si todos los gérmenes divinos que nos constituyen estuviesen en actividad y en desarrollo? Mas, si además de estos grandes privilegios vuestra suerte aún os busca con disgusto y gemidos y os impide exultar, procurad al menos, haciendo reflejar sobre vosotros los rayos de vuestro sol generador, encontrar aquello que el hombre fue en una época, que para vosotros transcurrió, más cuyos testimonios presentes atestiguan que no os ha sido siempre extraña.

El hombre puede no ser más que aquel que fue en un tiempo, mas puede siempre percibir aquello que debería ser en el futuro. Puede siempre sentir la inferioridad de la propia sustancia perecedera y material, que tiene sobre él solamente el poder pasivo de absorber las facultades en la confusión y en la opacidades de que es susceptible, en cuanto el ser humano tiene el poder activo de hasta crear múltiples facultades que no hubiera nunca tenido por naturaleza y sin la voluntad del hombre.

Aquí justamente presentamos tal diferencia en relación al hombre empírico; esta es muy importante para no reconocer en vosotros las señales de la antigua dignidad y de la supremacía del pensamiento. Tal diferencia, quiero decir, podría conducir al hombre mas alto y demostrarle que las verdades interiores son mucho más instructivas que las verdades geométricas; de hecho éstas últimas de fundamentan solamente sobre la superficie, en cuanto las otras nacen del centro interior y permiten entrever la profundidad.

Por lo tanto, de esto persuadidos, remontamos a nuestro origen. Penetramos, con nuestra actividad interior, hasta el estado en el cual podríamos descubrirse la diferencia creadora de nuestra fuente suprema hasta el ámbito de nuestra actual existencia, y si esta transmitió en nuestra naturaleza todos aquellos principios de orden, de perfección y de felicidad, que nosotros sentimos deber residir eternamente en el Ser soberano del cual descendemos. Todos estos gérmenes divinos, una vez formados en nosotros, ¿no traerían consigo el don de una vida potente y eficaz? ¿Nuestra inteligencia no sería por

ventura continuamente generada del soplo de estas universales y eternas fuentes de vida que le daría existencia y luz?

Nuestra capacidad de amar sería colmada de vida y dulce universalidad de nuestro Principio originario y no dejaría ningún vacío en nuestro afecto sublime y en nuestro impulso de santa gratitud para con él.

Algunos consideran hacer remontar nuestro origen a dos épocas anteriores al estado en el cual se encuentra el hombre hoy; evidentemente, para alegrarse con la idea sabia y consoladora que el mal primitivo no fue eterno, y para dejar a Dios la gloria de haber ejercitado el sublime privilegio que él posee, de generar todas sus criaturas en la plenitud de alegría y de una felicidad sellada por cada penosa función y por cada lucha peligrosa. Los que sustentan tal hipótesis afirman que en la primera de tales épocas, dado que el mal todavía no existía o en otros términos, ningún ser se había separado del plano divino, nuestras alegrías no tenían entonces necesidad de realizarse más allá de nuestra existencia. De hecho, si estas estuviesen realizándose, esto habría significado el crecimiento sin fin del yo en el infinito, la única cosa real para nosotros. Tendríamos así conseguido exprimir nuestra felicidad y nuestro amor, en continua ascensión en dirección a nuestra Fuente, que nunca hubiera cesado de inclinarse amablemente en nuestra dirección. No tendríamos necesidad de manifestarnos directamente, dado que nuestro entorno, estaría completo y la Verdad llenándolo todo por sí, nos miraría como adoradores eternos, sin usarnos como sus símbolos y sus testimonios. Todos los seres por fin, tendrían la alegría de la visión y la presencia de la Verdad absoluta, y nada faltaría para la plenitud de sus afectos y de sus esperanzas, teniendo la visión de la inmensidad y de la infinita actividad divina.

Sin dirigirnos a nuestro mirar un orden de cosas tan elevadas, contentémonos aquí en contemplar el momento de nuestra misión en el universo. Nos detendremos por lo tanto, sobre la segunda época de nuestro origen, la más próxima de nuestra actual condición. De hecho, estando la primera época tan apartada de nosotros, no tendríamos ni la menos idea de su existencia si la segunda no funcionase como su intermediaria.

En tal segunda época, que consideraremos en este caso como nuestra existencia primitiva, recibimos los caracteres de los símbolos y de los testimonios de la Divinidad en el Universo, y nos fue dada toda la potencia y todo el esplendor divino, conforme el objetivo sublime de nuestra calidad espiritual y la nobleza de los derechos divinamente concedidos para cumplir tal objetivo. Por tal motivo, de hecho, ¿fuimos apartados del ámbito de la inmensidad divina, en calidad de señales y de testimonios, si no para repetir en el lugar donde la suprema Sabiduría nos envió, aquello que sucedía en el círculo divino del ser? ¿Y cómo podría existir una zona separada y particular, si algunos seres, turbando el propio equilibrio, no tuviesen prohibido el acceso al espacio universal, dado que el principio de Unidad procura inundar todo por su naturaleza, y visto que el mal no puede ser otro si no la concentración parcial de un ser libre y su abstracción voluntaria del reino de la universalidad?

Así como en el orden eterno de la inmensidad divina, Dios basta la plenitud de la contemplación de todos los seres, nosotros, en el momento en que recibimos una misión individual y una existencia separada de él, podríamos representarlo y ser sus señales y testimonios, solamente mostrando, con nuestra dimensión, la imagen más tenue de Dios, para los seres que, concentrados en la propia existencia, tendrían perdida de vista la presencia divina, y estarían encerrados en la atmósfera particular de su error.

En este ámbito debería manifestarse de nosotros mismos, en el momento de nuestro origen, todo el plan válido para el funcionamiento de nuestra obra. Era necesario que nosotros explicásemos los pensamientos vivos y luminosos, las virtudes vivificantes y las acciones eficaces, para poder ser los representantes del supremo Autor de nuestro

ser. Cuanto mas profundizamos la analogía que reconocemos entre el alma humana y su eterno Principio, tanto más sentiremos que, siendo Dios la fuente radical y primitiva de todo lo que es perfecto, no podríamos ser derivados de él, si no dotados de aquellos sublimes caracteres que tenemos apenas delineados, y de los cuales nuestros débiles pensamientos, cuando son regulares, nos representan aún hoy algunas imágenes.

La divinidad de hecho, no habría escogido su propio pensamiento, si no tuviese como objetivo reflejarse en nosotros, con toda su majestad.

Los trazos de este sello sagrado, que caracterizan el “animo” del hombre, resisten eternamente a todos los poderes destructivos. Degradando la inmensidad del tiempo, degradando las densas tinieblas, siempre que el hombre contempla sus relaciones con Dios, encontrará en sí los elementos indisolubles de su existencia original y los indicios naturales de su destino glorioso. Él sentirá que según este destino glorioso, una fuerza potente y temible nos fue conferida para someter a la autoridad a aquellos que pudieran desconocerla. Si continuásemos unidos a nuestro ser, nada nos hubiera quitado tal potencia, si no la hubiésemos liberado por nosotros mismos. Él sentiría todavía que tendríamos dominio sobre nuestro imperio, después de tenerlo subyugado, y estaríamos adornados por todos los oleos santos necesarios para anunciar en todos los lugares nuestra legítima soberanía. Sentirá más allá de eso, que estábamos sobriamente vestidos para tornar aún más majestuosa nuestra presencia y para que todas las zonas de nuestro dominio sujetas al esplendor que nos rodeaba, pudiesen ofrecernos el testimonio de respeto y sumisión, debido a la misión divina confiada a nosotros por la mano suprema. Hoy, el único medio para el hombre represente su antiguo estado, es considerar las frágiles señales que en su mente pueril substituye sobre la tierra: la espada de los conquistadores, los cetros, las coronas, la pompa que rodea a los soberanos y la respetuosa dedicación de sus súbditos. Podrían encontrarse todavía algunos trazos deformes de nuestros títulos originales, mas jamás recuperarles su virtual función.

Más si es todavía posible para el hombre encontrarse en sí mismo y en las imágenes pasajeras de la potencia convencional y terrestre, los vestigios de aquello que él podría haber sido, le es más fácil provocar la dolorosa distancia de aquel destino glorioso; y si él tiene todavía indicios de sus derechos primitivos, tiene también pruebas numerosas que estos indicios no están mas en su poder.

Es inútil aquí corroborar con otras demostraciones la degradación de la especie humana; es preciso ser desorganizado para negar esta degradación que es evidentemente constatada por los suspiros con los cuales el género humano llena continuamente la tierra, y la idea radical que el Autor de los seres coloque todas sus producciones en sus elementos naturales. ¿Entonces porqué nosotros estamos tan apartados de lo nuestro? ¿Por qué, mismo siendo activos por naturaleza estamos como que inmersos y acorralados en cosas pasivas? Los hombres tienen el derecho de buscar donde deseen las causas de esta real y afligida desarmonía excepto en el capricho y en el rigor de nuestro Principio soberano, cuyo amor, cuya sabiduría y justicia constituyen el baluarte perenne contra nuestros murmullos.

De resto, ocupándonos aquí solamente de las consecuencias y no de las causas de esta degradación, pretendemos dirigirnos solamente a aquellos que no le niegan la existencia, y que degradando las dificultades que afrontan para explicar el mal y su origen, juzgan, no truncando negativamente la cuestión como hace la filosofía imprudente, estando más satisfechos con una verdad difícil y oscura que cuando estarían con un absurdo evidente.

Para delinear las consecuencias desastrosas de nuestra degradación, es necesario restaurar el estado glorioso del cual gozábamos, como también del tesoro del cual tuvimos en común la custodia y la división. Es necesario reconocer que compartiríamos

solidamente la gloria y la recompensa de esta magnífica manifestación, pues compartiríamos solidamente también los trabajos de la gran obra de purificación designada a nosotros por Dios. Más dado que no podemos imputar la Sabiduría suprema de haber conspirado contra nosotros en el abuso de aquellos sublimes privilegios, somos obligados a atribuir todos los errores a la potencia libre de nuestro ser. Siendo frágil por naturaleza – (si así no fuese habrían existido dos Dioses) – tal potencia se abandonó a fantasmas de la ilusión y se precipitó al abismo por propia culpa. Juzgo inútil analizar nuevamente tal verdad, habiéndola ya ampliamente ilustrado en mis escritos anteriores. Los principios de esa justicia, inmortales como nuestra esencia y que igualmente a tal esencia, siempre estará en nosotros, si bien que muy frecuentemente no los aplicamos justamente, nos enseñan en que cosa nos transformamos por nuestra culpa, y nos muestran cuales satisfacciones tal justicia exige de nosotros. Comienza aquí a aclararse el título de esta obra y el sentido de estas dos palabras “*Ecce Homo*”.

Capítulo III

Si hubiésemos permanecido fieles a nuestro santo destino, deberíamos manifestar todos y cada uno, según el propio don, la gloria del Principio eterno. Más sin sombra de duda, debemos reconocer no haber observado la ley suprema, considerando nuestra actual miseria y simultáneamente el hecho que el Autor de la justicia no podría abandonarnos injustamente en un estado de sufrimiento y de privación. El abuso de nuestros privilegios nos ha inducido a una manifestación opuesta a aquella a nosotros solicitada, de esto deriva por lo tanto, que en vez de ser testimonios de gloria y de verdad somos solamente testimonios de deshonra y de falsedad.

Visto que hoy, toda la familia humana parte del mismo castigo, como en un tiempo partió de las mismas recompensas, cada individuo debería ofrecer una señal particular de humillación actual como ofreció una señal particular de potencia de orden triunfal, según el don que le correspondía. Pretendo decir que cada uno debería ofrecer una señal particular de pobreza y de privación a la cual la justicia divina nos sometió en el mundo inferior, con el fin de que en presencia de una señal tan diferente de aquella que deberíamos manifestar, se pueda decir de nosotros con insulto y escarnio: *Ecce Homo*: **He aquí el Hombre** será nuestro título degradante y nos recubrirá de humillación develando los frutos amargos que el horror sumió en nosotros, en cuanto deberíamos brillar en la gloria si nuestro nombre hubiese conservado su auténtico carácter.

Es suficiente dirigir la mirada a la condición de los hombres sobre la tierra, para juzgar la importancia de tal justicia.

¿Quién de nosotros no pagó de un modo u otro el propio tributo de humillación? ¿Dónde está nuestra fuerza? ¿Dónde está nuestra potencia? ¿Dónde está nuestra luz? Excepto la indigencia del desorden y la enfermedad, ¿cuáles otros testimonios se presentan hoy a nuestras diversas facultades? ¿Existe tal vez un solo hombre sobre la tierra que no esté en condiciones de ofrecer una o más señales de esta pesada reprobación?

Oh! Hombre, si no estás aún tan conciente para derramar lágrimas sobre tu miseria, por lo menos no te atrevas hasta el punto de juzgarla un estado de felicidad y de salud. No permitas dejarte llevar por la seducción de los mitos. No te comportes como un niño enfermo que para de gritar porque se distrajo con el ruido de un juguete que se le agita frente a los ojos, y se calma, como si no tuviese más el mal, momentáneamente tranquilizado por la fascinación del juguete. Tu mente se detendrá por poco sobre las

ilusiones que te distraen del mal; más este no tardará en hacerse sentir, y tú, Oh! Hombre, asustado por el peligro que te amenaza, descubrirás con que justo fundamento la Sabiduría intenta colocarte en guardia de tus males exhortándote a sanar.

Todavía, minimizando el rigor de las leyes que la justicia nos impone, las consecuencias de nuestra condena, se tornarían mucho más soportables una vez conocida la suprema equidad de nuestro Juez. Se trata de reconocer la bondad de sus reales intenciones a nuestro respeto y de resignarnos voluntariamente a la inevitable potencia de sus decretos. Algunas ventajas inmediatas derivarían del ejemplo mutuo naturalmente ofrecido por los individuos. El estado enfermo, débil y tenebroso de nuestros semejantes, sería para nosotros un medio visible de instrucción llamando continuamente a nuestra mente a la degradación de la familia humana.

Por otro lado, nosotros retribuiríamos a otros el mismo favor ofreciendo a sus ojos un espectáculo análogo. Así representando unos a otros el reflejo del pecado y de la humillación común, estaremos todos en condiciones de reconocer la iluminada justicia de la sentencia que traemos sobre nosotros: será este el momento inicial de nuestro proceso de regeneración el cual intenta despertarnos a la Sabiduría suprema. Esta es el único camino que puede llevarnos al soberano Principio del amor del cual recibimos forma, y que nosotros mismos fuimos forzados a retirarnos de los dominios que nos habían sido confiados.

Oh! valientes hombres de letras, servios de vuestra elocuencia, para delinear con colores persuasivos y alentadores el cuadro instructivo de la familia humana, el estado en el cual los individuos representan unos a otros, otras tantas uniones vivientes.

La visión de la miseria común, suscitará entonces en los individuos un horror saludable de sí mismos y un interés apasionado por la rehabilitación de todos los miembros de esta gran familia. Mostrándose en el acto de nutrirse del pan de lágrimas, cuando se ven unos al lado de los otros, en el silencio triste del dolor, sin interrumpirlo si no para hacer percibir el ritmo angustiante de la expiación, a fin de que el hombre pueda decir del hombre: - Hermano, fundamos sobre una falsa humanidad el reino de la muerte e este nos abraza ahora con sus tinieblas. No escondamos tal hombre de mentira, manteniéndolo todavía cerrado en sus desgracias y en sus bajezas; procuremos hacerlo emerger a lo abierto a fin que el viento vivo penetre en su nariz, y el reino de la muerte estremecido en sus cimientos, pueda desmoronarse y perderse en el fondo de sus propios abismos.

Más el hombre está bien lejos de ofrecer un espectáculo similar, no de postrarse frente a la irrevocable justicia que no cesa de sonar sobre él; el mismo principio de desorden que nos hizo decaer de nuestra dimensión original, nos persigue, nos acompaña y aún anima nuestra degradada existencia. Como nos enmascaró la fuente mortal de nuestro extravío, así también este disimula, día por día, los frutos y las consecuencias. El único objetivo de tal principio destructivo, es aquel de prolongar la existencia del fundamento del mal a fin que, perpetuando nuestra ilusión, éste pueda perpetuar su propio reino, que infelizmente para nosotros, se fundamente solamente sobre nuestros desengaños y sobre nuestras dudas. Aquella fuerza engañosa nos persuade de que siguiendo sus insinuaciones seductoras no nos degradamos; y ahora que la seguimos, ésta procura convencernos que no estamos decaídos y nos induce a persuadir de la misma forma a todos aquellos que nos rodean. En otras palabras, nos lleva a imponer la señal de nuestra específica condena a nuestros semejantes, en lugar de confesarlo junto con el tipo de privación que nos es impuesta. El mismo principio deteriorante tuvo la habilidad de aumentar la carga que nos agota, con las consecuencias de la propia degradación, y con los múltiples deseos que nos devoran y que nos ocultan el camino a seguir para llevarnos en dirección a la reintegración. Los hombres procuran por tanto, aparecer

como si fuesen efectivamente dotados de los dones que pertenecían a nuestra verdadera naturaleza si todos no hubiésemos cavado un enorme abismo entre nosotros y la verdad. Los mismos se preocupan en ocultar la falta de virtudes, la carencia de talento, los defectos físicos y los defectos que derivan de los privilegios de algunas formas sociales y políticas. Los ojos de nuestro semejantes se tornaron para nosotros el único objetivo y el único incentivo para nuestras acciones y para nuestros movimientos. La superficialidad que así nos desvía de la evolución, que representaba el objeto de la Sabiduría, cuando, retirándonos de su presencia nos exilió a todos en el mismo lugar. La continua ilusión en tanto nos lleva siempre más a la ruina y a la completa destrucción. De resto deseáramos aparecer a los ojos del universo, cual divinidad propia y verdadera. No habiendo conseguido tal empresa, no quisimos renunciar a ella completamente, y procuramos ser investidos del nombre sacro, por lo menos en la opinión de nuestros semejantes, y de impresionarlos con nuestra superioridad, donde estén dominados, y puedan eludirnos con el dulce sonido de la palabra *Ecce Deus*, en lugar de irritarnos y cubrirnos de vergüenza con la degradante definición de *Ecce Homo*. En resumen, nos comportamos como aquellos seres inválidos de todos los miembros, que aspiran aún a la belleza y a una vida normal, y buscan enmascarar la propia mal formación con todo tipo de artificios, sin preocuparse de la fragilidad de los medios empleados con tal objetivo.

El sacerdote una vez privado de la verdadera potencia y de la verdadera luz, es obligado a transmitir una fe ciega en el carácter y en el fundamento así como el filósofo y el orador, suplican con los sofismas y con la formalidad de la elocuencia, la falta de los principios fundamentales, necesarios para establecer el reino de la verdad. Siempre por tales razones, los legisladores exaltan los derechos de los pueblos y la dominación de las naciones, mismo no teniendo claro los verdaderos fundamentos de la soberanía política. Al final también el hipócrita busca con disimulo y astucia, el buen nombre que no puede esforzarse en obtener con las virtudes; sin considerar aquí todos los abusos, todas las bajezas y todas las injusticias que afligen en todas partes a las asociaciones humanas. Por lo tanto, nosotros los hombres, adoptando medios desviados y corruptos, sustituimos la saludable confesión de nuestro estado humillante, por el cuadro de una gloria que es solamente fruto de una mentira. En fin, la humanidad, a la inversa de buscar entre los propios componentes consuelo recíproco, en su estado de prueba, no cesa de atraer males continuos.

De hecho, el empleo habitual de nuestros días es semejante a un sacrificio recíproco en cuanto que recorriendo el camino trazado por la conciencia de nuestra fragilidad, podríamos recíprocamente encaminarnos en el bien.

Los caminos no naturales sobre los cuales el hombre se retrasa diariamente terminan con continuas caídas y desilusiones; en vano los esfuerzos que él cumple para distribuir la humillante sentencia de la propia condena, la hacen más vergonzosa para él, aumentando nuevas perspectivas de decadencia para su degradación original. Aún inútilmente, él siente que los medios de los cuales se sirve son apenas sugerencias y no tienen una base bastante profunda para poderlo conducir al verdadero objetivo. Todos estos remedios no tienen en sí el principio de la vida, son más nocivos para si espíritu de cuanto no son las substancias de las cuales él recorre para remediar las carencias del cuerpo. No obstante esto, el hombre continúa prosiguiendo en el camino improvisado por la propia imprudencia, y continúa esperando que le sea cancelado el humillante título: *Ecce Homo*.

Capítulo IV

Independientemente de los medios comunes y generales de los cuales se sirven cotidianamente el error y la mentira para oscurecer el mirar sobre nuestro estado de miseria, y para eludirnos con esperanzas inútiles, el espíritu de las tinieblas descubrió otros instrumentos mucho más desviantes y funestos.

De hecho, los errores de los cuales ya hablamos, recaen más sobre el aspecto exterior del hombre y sobre sus características visibles, de que sobre aquel interior y espiritual. La simple moral entonces será suficiente para mantenerlo apartado de tales errores; estos por lo tanto, mismo siendo la causa del dolor, podrían hacer más difícil el camino de la vida.

Por el contrario, los instrumentos de franqueza de los cuales estamos hablando, tienen un tremendo poder de transformar al hombre a tal punto de no permitirle reencontrar la justa vía; aquí el sentido de la frase *Ecce Homo* se revela en un trágico lamento.

Nuestro estado primitivo permitía aproximarnos a los conocimientos superiores, y de alegrarnos visiblemente con la vida del espíritu, revestido de todo el esplendor de su luz. Nos entregaba también la autoridad sobre los diversos habitantes de todo el mundo, hoy para nosotros ocultos por el denso velo de los elementos.

Después de nuestra caída, la Sabiduría, en un instante providencial, escogió un mortal cualquiera, envuelto en tinieblas, para hacerlo partícipe de tan gran privilegio.

Mas las mismas tinieblas se reanimaron en contraste con la presencia de tan gran luz, y procuraron tomar su lugar, repitiendo los eventos de los cuales eran testimonio, y alcanzando el espíritu del hombre con los medios para engañarlo.

Las potencias oscuras de hecho, pueden leer contemporáneamente en los fértiles meandros de su pensamiento, un modo aún más válido y capaz de dirigir contra el yo, aquel mismo pensamiento que debería constituir su guía, o su apoyo, su certeza en un destino universal.

Las gracias superiores enviadas directamente por la Sabiduría a algunos mortales, tenían una doble prerrogativa. Enseñaban igualmente la dulzura y la magnificencia de los dones ofrecidos a nuestra alegría, para hacernos comprender cuán absurda ha sido la negación por la cual tuvimos la imprudencia de sumergirnos. En tal espíritu, aquellos hombres privilegiados divulgan sus instrucciones a otros seres.

Las obras generadas y corruptas de las tinieblas tienen por el contrario el objetivo de persuadir al hombre, que él goza todavía de todos sus derechos y de ocultarle el estado real de privación espiritual, que es la verdadera señal característica a la cual está unida la definición *Ecce Homo*. En el conocimiento de tal privación está la condición indispensable de nuestra reconciliación con la Sabiduría. No basta apenas que el hombre se aparte de su interior, para que los frutos de las tinieblas lo envuelvan y se mezclen con su actividad espiritual, así como la respiración, es contaminada por un aire malsano, sería sofocante e infectada por un miasma podrido por la corrupción. La Sabiduría suprema sabe bien cuál es el estado de nuestros abismos y por lo tanto procura socorrernos lo más posible; frecuentemente por ello es obligada a retirarse en sí misma, debido a la horrible desfiguración dada por sus propios mensajes. Si algún mortal tuviera la suerte suficiente para probar la aproximación de tal Sabiduría y de poder divisar por la virtud de su luz la decadente materia de la cual estamos compuestos y la amargura con la cual la propia Sabiduría se aflige, conocerá, sea por experiencia o por analogía, que riesgos corre el hombre desde el momento en el cual se aparta de su centro interior para terminar en la exterioridad.

Los sabios intentan divulgar sus enseñanzas, con la máxima prudencia, y toman las precauciones para que los tesoros de la verdad no sean tocados por la corrupción que

opera los abismos del mundo. Estos saben muy bien que la fuente de luz reside en el centro interior e invisible, y que la razón por la cual el mundo procede así tan lentamente en dirección a los caminos consagrados al esplendor, es que éste se sirve solamente del instrumento de comunicación exterior y superficial, sin procurar cimentarlo sobre raíces vivas, o sobre la Potencia interior, la única llama que puede reavivar todas las auténticas perspectivas de nuestro comunicar. De hecho, solamente en el interior, reside la Palabra viva y creadora.

Más allá de eso, frecuentemente el mundo olvida que las más preciosas verdades que le es dado conocer, según sus naturalezas, pueden venir expresadas solamente en el dolor y con el silencio, y que la boca física del hombre no es digna de enunciar como el oído físico no es digno de escuchar.

Por causa de su imprudencia transformada en hábito, el hombre está eternamente inmerso en los abismos de la confusión. Abismos destinados a tornarse más funestos y oscuros y a generar continuos estados de oposición. Colocado así en el centro de potencias múltiples y terrificantes, que empujan y arrastran en todos los sentidos, sería verdaderamente un prodigio si un hombre consiguiese conservar en el corazón un soplo del cielo y en toda la espiritualidad una chispa de luz.

¿Cuáles ventajas no ofrecemos, con nuestra liviandad, al Príncipe de las tinieblas, que intenta establecer su reino en la imitación de la verdad? Ciertamente nosotros procuramos abandonarnos lo menos posible a esta flaqueza secreta que nos induce a buscar fuera de nosotros el apoyo que podemos encontrar solamente en nosotros mismos: intentemos conservarnos, restableciendo nuestra cualidad de Seres naturales, verdaderos y simples como niños todavía susceptibles para acoger los dones que de lo alto nos son concedidos. Más no obstante, las diferentes misiones espirituales y divina de las cuales podamos estar investidos, el Príncipe de las tinieblas nos lleva a adentrarnos siempre más en la especialidad exterior.

Una vez en ésta inmersos, él nos retiene con la fascinación y con las alegrías que comenzamos a experimentar y que nos hacen rápidamente olvidar aquellas de la vida interior, las cuales son tan calmas y pacíficas cual las primeras son agitadas y turbulentas. Después de habernos retenido en la exterioridad física, él nos induce a habitar con el veneno de nuestra propia contemplación y con el funesto instrumento del ojo de nuestros semejantes. Estos, estando apartados como nosotros del propio interior, ejercitan su influencia desviante sobre nuestras imprudentes manifestaciones, arrastrándonos a la oscuridad y la mentira, despertando finalmente en todos nosotros los instintos opuestos a los llamados de la simplicidad, de la tranquilidad y de la humildad, inalterables y perdurables, que nos habrían animado, si con sabia preocupación, nos hubiésemos agarrado de nuestro interior o no estuviésemos apartados de éste.

Ciertamente el hombre no violaría la libertad de un semejante, haciéndolo consciente de cuanto la verdadera obra del hombre está lejos de todos los impulsos exteriores. Como ya fue dicho, nuestro lugar en el mundo exprime el aspecto típico de la misma divinidad. Nosotros reposamos sobre una raíz viva que debe operar en nosotros todas las actividades regulares para una armonía germinativa. En torno a nosotros, y también por nuestro intermedio, se verifican hechos exteriores con respecto al curso ordinario de la naturaleza. Más querer que exista una naturaleza y un mundo, querer que no exista, nuestra obra debe ser siempre tener su curso. Nosotros representamos una insignificante nulidad, en cuanto Dios resume la razón de todo: debemos por tanto venerar a Dios, y no anclarnos a los hechos impuros o legítimos sean cuales sean éstos.

Entre los caminos secretos y peligrosos de los cuales el Príncipe de las tinieblas se enseño para desviarnos, debemos colocar todas las extraordinarios manifestaciones que han caracterizado los siglos y que no nos perjudicarían tanto, si no hubiésemos

perdido de vista el verdadero carácter de nuestro ser, y sobre todo si conociéramos mejor la perspectiva espiritual de nuestra historia a partir del origen de todas las cosas.

Desde siempre, la mayor parte de aquellos caminos fueron abiertos de buena fe, y sin ningún objetivo perverso, por parte de aquellos que los conocían. Más no pudiendo encontrar, en tales hombres favorecidos por la suerte, “la prudencia de la serpiente” con la “inocencia de la paloma”, éstos estimularon en sí el entusiasmo de la inexperiencia, al revés del sentimiento sublime y profundo de la santa magnificencia de Dios.

El Príncipe del mal tuvo así la posibilidad de entrometerse en estos caminos, y estos generar una infinidad de diferentes combinaciones que tienden a oscurecer la simplicidad dictada por la Luz. En algunos, el Príncipe de las tinieblas provoca leves sombras, casi imperceptibles absorbidas por la abundancia de luces que las contrabalancean; otras son contagiadas por una contaminación suficiente para dominar el elemento puro. En otras en fin, el Príncipe de las tinieblas establece su propio dominio para transformarse en el único jefe y el único regulador de las situaciones.

Algunos escritores inspirados y de buena voluntad nos mostraron, en la constitución del universo, una de las vías por las cuales se sirve el Príncipe de las tinieblas para propagar sus ilusiones. Tales escritores, prestaron a naciones desviadas el mayor servicio que se podría esperar; deberán meditar atentamente sobre este rayo de luz. Rayo que revelará claramente la fuente de abominación y de los errores religiosos, que por otro lado atraerán, sobre pueblos famosos, las venganzas de la cólera divina. Las naciones podrán obtener los conocimientos más vastos y más útiles para nuestros tiempos modernos, los cuales, bajo tal aspecto, se asemejan mucho más a aquellos antiguos de cuanto se puede imaginar. La inteligencia del hombre tiene a disposición esta llave; podemos por lo tanto limitarnos a considerar los frutos de la obra de las fuerzas tenebrosas, que desviaran tantos mortales; y a recorrer tanto las diferentes señales bajo las cuales tales frutos pueden ser reconocidos cuanto las desilusiones reservadas a aquellos que de éstas se nutren.

Capítulo V

Podemos aprender a discernir la falsedad de las manifestaciones y de los movimientos exteriores, cuando las obras que de estos derivan son por así decirlo, las sombras de sí mismos, cambios superficiales y por consecuencia no suficientemente vivificantes para religarnos con el plano de la gran obra de Dios.

Por otro lado el fin del proyecto divino, por el contrario consiste en reconducirnos a nuestro centro interior donde habita lo divino, evitando dispersar nuestros centros externos, frágiles tenebrosos y corruptos donde Dios no reside.

Más allá de eso conseguimos reconocer la falsedad cuando las misiones de los seres enviados para instruirnos poseen un carácter vago e indeterminado. La confusión se verifica cuando estos enviados se encuentran subordinados a árbitros incapaces de juzgarlos. Estos se tornan altamente partícipes de la destrucción de sus propias obras, pues someten sus facultades iluminantes a la dirección de guías extraños a tales inteligencias. Aún podemos reconocer el error, cuando las profecías de los mismos enviados ofrecen, independientemente de este carácter incierto, el incentivo a apartarnos del destino natural del espíritu del hombre. Como se vio, tal espíritu es la primera señal y el primer testimonio de la totalidad divina, y disminuido, está bien lejos de alcanzar

aquí sobre la tierra el nivel de los privilegios y del esplendor originales, este no puede dar un solo paso seguro, si no por el vislumbre de la débil chispa que le resta.

El espíritu del hombre, en cuanto es la señal y el testimonio de la Divinidad, no satisfacerla el propio objetivo natural, si representase solamente la señal o el testimonio del espíritu y de los ángeles, de las potencias de la naturaleza sean terrestres o celestes, y de las almas de los descarnados. Si después de ser anunciado como la señal y el testimonio de la luz divina, éste se transformase, por sus imprudentes acciones, en la señal o en el testimonio de seres ignorantes, de acciones tenebrosas y corruptas, la involución sería aún más grave. Es impresionante por lo tanto constatar con que profusión y con que confusión todos estos errores y todas las particularidades que de ahí derivan, puedan también introducirse en las vías de excepcionales manifestaciones benéficas. En fin, presentimos el error cuando estas vías extraordinarias no se apoyan en sólidas estructuras.

Las propias Sagradas Escrituras, no serían verdaderas si no depusiesen a favor del carácter divino como distintivo en el hombre, del cual él frecuentemente reconoce estar revestido por medio del Autor supremo de los seres.

Las escrituras además de eso, no serían aceptables si no eligiesen al hombre como señal y testimonio de la Divinidad única, y si no recondujese al alma a este único objetivo mostrando el mal y las tinieblas que la espera, si el alma se transforma en una señal y un testimonio de formas divinas diversas. En fin, las escrituras no serían verdaderas si en todos los eventos que relatan, en todas las profecías que contienen y en todas las maravillas que manifiestan, dejasen algo a la gloria humana de los individuos, y no indicasen claramente el objetivo exclusivo de la afirmación universal de la única Verdad suprema. Bajo todos estos puntos de vista, las Sagradas Escrituras sirven de soporte a la naturaleza del hombre, a su destino que le fue designado en base a su origen y finalmente debe inspirar cada acción del mismo.

Las escrituras presentan al hombre como la criatura llamada a ser la imagen y semejanza de Dios, a dirigir todas las obras a él confiadas por su potencia, a conquistar la tierra e poblarla, a atribuir a los seres los nombres que a ellos competen y todo esto, colocando al hombre bajo la mirada de la Divinidad, en una correspondencia directa con esta. Después de la narración sobre la caída, las Escrituras no cesan de recordar al hombre tal cual era en su lugar primitivo y de prometerle que si continúa con celo y coraje las normas y exhortaciones que la suprema Sabiduría envía para confortarlo, el Eterno será su Dios y la humanidad será el pueblo del Eterno. Las escrituras no cesan de colocar al hombre en guardia contra las insidias de los seres habitantes de la triste morada que él ocupa actualmente; procuran mostrar bajo mil formas y con mucho énfasis en los medios por los cuales aquellos seres utilizan para destruir su felicidad, hasta cuando no consiguieren hacerlo partícipe de sus abominaciones, y colocarlo al servicio de sus ídolos.

Las Escrituras describen aún más bajo los aspectos más humillantes el estado de miseria en el cual el individuo se reduce habiendo olvidado a Dios y siendo negligente al defenderse de los propios enemigos. De resto el hombre es una criatura verdaderamente querida por el amor divino; deducimos siempre por cuanto se refieren las Escrituras. De hecho, el indiscutible Principio de todas las cosas se colocó al lado del hombre, como al lado de su propio pensamiento, para sustraerlo del destino de muerte al cual estaba expuesto, y para pagar en nuestro nombre, el débito del cual somos todos responsables delante de la justicia humana. Por lo tanto, el río del amor divino, que es nuestra fuente de vida, no puede para de fluir para regenerarnos. Aquí sobre la tierra el corazón del hombre no se torno árido por los propios hermanos, degradando sus injusticias, y estaría siempre pronto a padecer por ellos si pudiese a tal precio de restituirles la exultante

conciencia de la virtud. Así también el eterno río de la vida no se secó en la hora de nuestra falta; simplemente se redujo, se retiró, condenándonos a comer con el sudor de la frente el pan de la vida que deberíamos comer, no sin trabajo más que la fatiga.

Este río fue progresivamente alimentado por las relaciones posteriores con el hombre, promovidas con la evolución de los tiempos. Asumió en fin su antigua extensión, cumpliendo para nosotros la ley de nuestra condena que nosotros mismos nos rehusamos a cumplir; transformando nuevamente su potencia en nuestra naturaleza humana; se revistió de las posibilidades terrestres, de todas las señales de escarnio y coronado de espinas, herido por golpes, sucio por las escupidas, abandonado por todos, sufrió al punto que se mostrase públicamente con una caña como cetro y que se dijese de él a los ojos de las naciones de la tierra: *Ecce Homo*: este es el estado al que el hombre se redujo, desde el primer pecado y a través de todas las sucesivas perversiones. Gracias a esta humillante confesión, la Justicia reabrió para nosotros todas las puertas del amor porque de esta forma las consecuencias del pecado del hombre fueron manifestadas y denunciadas por el propio hombre. Sin este terrible testimonio, la muerte del Reparador sería una atrocidad injusta y la misericordia divina un capricho.

Las Escrituras pretenden por lo tanto indicar específicamente el vehículo por el cual se sirvió el río vivificante de amor, para descender como una montaña hasta nuestro ser. Los testimonios de las Escrituras no sirven para el alma del hombre como prueba de todos los principios que el alma puede leer en sí misma y que son anteriores a las propias escrituras; estas por tanto, pueden ofrecer al hombre un apoyo siempre sólido y un alimento saludable, y como tales entran nuevamente en el rol de los medios que nos son ofrecidos para juzgar las manifestaciones del espíritu en general.

Sirvámolos por lo tanto de todos los principios que apenas delineamos y apliquémoslos a aquellas manifestaciones de vida en las cuales el error se insinúa fácilmente sobre la verdad, donde paramos la ascensión y nos colocamos en el camino del Príncipe de las tinieblas entre maravillas que nos sorprenden y tesoros que nos rodean.

Los caminos y los dones parciales pudieron y podrán verificarse en la atmósfera relativa de todos los tiempos, porque en todos los tiempos existirían y existirán seres que no siendo dedicados al mal, se encuentran todavía en un nivel muy inferior en relación al espíritu divino para que fueren animados por toda su fuerza y por toda su plenitud.

Más para que estas vías limitadas puedan ser cambiadas por la iniciativa de la viva luz, deben tener por lo menos un carácter de vida, deben representar por lo menos en una menor escala la producción de la gran obra. Sin estos prerequisites, estos seres poseen solamente una función figurativa y se limitan al aspecto superficial de las situaciones de modo que todos aquellos que se abandonan a éstos no penetran nunca hasta el centro de la obra.

Ahora, por algunas razones que no creo sean necesarias aquí exponerlas, la obra parcial asume fácilmente en el pensamiento del hombre un carácter de obra total; la obra del espíritu es confundida, es confundida fácilmente con aquella de la Divinidad; la obra de las potencias naturales aparece fácilmente como obra del espíritu; y más fácilmente aún la acción de las potencias ciegas y corrompidas es confundida con la acción de las potencias naturales.

El Príncipe de las tinieblas se aprovecha de esta infeliz tendencia del hombre para la confusión y se favorece sirviéndose de los derechos que le permitimos asumir sobre nosotros.

En su condición relativa el hombre debe entonces combatir dos obstáculos, aquel de la propia franqueza y aquel del Príncipe de las tinieblas; obstáculos entre los cuales nos movemos sobre el plano terrestre. Por el contrario el hombre, admitido en la plenitud de la obra divina, no debe realizar el mismo trabajo ni correr los mismos peligros que

describimos. Por lo tanto generalmente los hombres cambian por misión divina las simples misiones espirituales; confundiendo las misiones espirituales con aquellas naturales, las misiones naturales con aquellas tenebrosas o subnaturales.

Cada uno intentó propagarlas de modo como erróneamente las comprendió, en cuanto era necesario concentrarlas en la íntima y limitada atmósfera cuando verdaderas o apartarlas para siempre si estas no tenían el carácter de la verdad.

Podemos imaginar cuantas ofensas, los mismos portadores de cada misión, tenían hechas hacia sí mismos, saliendo de las propias esferas y exponiéndose imprudentemente y sin fuerzas suficientes a las influencias antagónicas y corruptas de tantas otras esferas que deberían permanecer desconocidas para siempre.

Los frutos que el Príncipe de las tinieblas obtiene sin incalculables instituciones sobre la tierra que ha sido guiadas por él, sean aquellas reverenciadas como sacras, sean aquellas que en base a progresivas alteraciones, conservaron de su auténtica naturaleza simples emblemas y se transformaron totalmente en instituciones profanas.

Entre estos dos extremos existen numerosos estados intermedios; mas los gérmenes más mortales producirán sus frutos en los puntos más periféricos, porque cuantos más tales gérmenes decaen, más encuentran terreno capaz de fecundar. Como consecuencia las instituciones profanas revelan su origen sea prescribiendo reglas absurdas de conducta, sea a través de sus medios inherentes, cuyos relatos revelaran los espacios puramente naturales, mas honrados como divinos por casi todos los pueblos de la tierra, dados los cambios espirituales (buenos y malos) de los cuales tales espacios son susceptibles.

Será suficiente aquí, para que el lector atento haga comparaciones necesarias, mencionar los cabellos y las uñas que por una ley muy instructiva, no son sensibles; la cabeza del hombre en la cual las sinuosidades del cerebro y del cerebelo tienen relación con el intestino. Citemos aún los astros, en los cuales las mitologías de todos los tiempos colocan innumerables imágenes, hipótesis enfáticas para satisfacer la fantasía humana. En fin, recordemos el Deuteronomio cuyo texto, el pueblo hebreo, y con este todos los otros pueblos pueden aprender a ser precavidos contra la idolatría pues encuentran las bases de las relaciones, la mágica analogía de los planos temporales y el consejo para cuidarnos de los Dioses de otras naciones.

Concluyendo, solicitando un proceder en dirección al inferior al Príncipe de las tinieblas, éste nos impide obedecer la ley. Al revés de hacernos aparecer en nuestra miseria y con nuestra cualidad humillante de Ecce Homo, hace que nos contentemos con las simples potencias espirituales y con las simples potencias elementales y también con las meras potencias figurativas o tal vez simplemente con las potencias de reprobación y al final nos engañamos en estar revestidos por las verdaderas potencias de Dios para gozar de todos los derechos de nuestro origen.

De la facilidad con la cual el Príncipe de las tinieblas generalizó las misiones parciales y las alteró hasta transformarlas en ilusorias, son derivadas las falsas misiones.

Capítulo VI

—

En la categoría de las falsas misiones se encuentran aquellas que transportan fechas y desean aplicar a movimientos políticos modernos las varias profecías contenidas en la historia judía. Estas se referían solamente a los pueblos ligados a intereses o a rivalidades con Judea, según los planes divinos insondables. Realizados tales planes, las profecías utilizadas para anunciarlos, agotarán el espíritu que en ellas se encontraban.

Estos mismos judíos serán obligados a elevarse hasta regiones superiores para obtener los frutos que les fueran prometidos, regiones en las cuales tal espíritu se retiró para esperarlos. Leamos por lo tanto a Jeremías 30:24: *“La ardiente ira del Eterno no se calmará hasta que halla realizado e ejecutado los propósitos de su corazón. En el fin de los días comprenderéis estas cosas”*.

Se lee aún en Isaías 60: 18-22, donde el consuelo y la alegría con las cuales deben ser llenados son transferidas a un día en el cual: *“no tendrás más el Sol como la luz del día, ni la claridad de la noche te iluminará...tu Sol no volverá a ponerse, y tu Luna no menguará”*.

Se lee aún en Joel 3: 1-2 donde dice que: *“después del retorno de la esclavitud del pueblo de Judea y de Jerusalén el Señor dice que reunirá todos los pueblos en el valle de Josafá para juzgarlos”*. (Tales expresiones dirigen la inteligencia a elevarse por encima del valle terrestre). El Señor promete a la estirpe de Judá en el versículo 21: *“purificaré (vengaré) entonces la sangre de ellos, que no purifiqué antes; y el Señor habitará en Sion”*. Sobre estas últimas palabras recordemos la frase pronunciada por San Pablo en I Cor 15:50: *“La carne y la sangre no podrán recibir por herencia el reino de Dios”*. Decimos por la misma razón que el reino de Dios no puede cohabitar con la carne y con la sangre. Será necesario por lo tanto, que la carne y la sangre desaparezcan para que puedan realizarse las profecías de paz del antiguo testamento.

Se las profecías fueran aplicadas a la reintegración del pueblo de Israel en su reino temporal y terreno, esto quiere decir disminuirlas, ciertamente querer aplicarlas hoy a los movimientos sociales y políticos, significaría desconocerlas.

Atribuiríamos a estas funciones que el espíritu no les había conferido. No podemos olvidar el estado de nuestras sociedades políticas que infelizmente están abandonadas a las simples potencias humanas, de las cuales no podemos esperar ningún futuro. El reino de los hombres no es de este mundo, e el Reparador nuestro verdadero regulador, no se ocupó del orden político de los reinos de la tierra, mas los dejó a las potencias que los dirigen.

Estos aparecen también como si estuviesen privados del espíritu y mismo así, en su proceder desordenado, la luz espiritual jamás los pierde de vista.

Las misiones de las cuales ahora se habla, no son ciertamente menos falsas que cuando se anuncian bajo el nombre humano de la Virgen o bajo aquellos de otras criaturas privilegiadas. La tendencia del hombre a santificar los propios impulsos sentimentales y a divinizar los objetos, bastan para que las simples oraciones y las simples invocaciones dirigidas a aquellos seres privilegiados, asumieran en su interior un carácter de mayor dignidad e imponencia. El hombre se encuentra como apoyado casi exclusivamente por el auxilio que tales seres podrían efectivamente dirigirles, en cuanto Dios quiere favorecernos al punto de permitir a éstos seres orar con nosotros a Él.

Por el contrario nosotros transformamos su culto con facilidad e imprudencia. De hecho, cuanto más el hombre encontraba en aquellos seres escogidos la paz, la alegría o el apoyo del cuál había necesidad, menos se sentía llevado a buscar el propio bienestar en la propia fuente.

De hecho, ¿cuántas personas orando a tales seres auxiliares, se sorprenden creyendo orar a la propia Divinidad sin conseguir establecer la diferencia? ¿Cuántos se sorprenden adorándolos creyendo apenas estar orando? Este tipo de idolatría es muy peligrosa, porque nace de nuestra sensibilidad de nuestro amor y también de nuestras virtudes si no de nuestras mentes.

El Príncipe de las tinieblas aprovechando de los falsos pasos que nuestra sensibilidad mal instruida nos hace cometer, nos conduce fácilmente en dirección a todos los otros llamados desviados que para él son bien conocidos. Bajo la veneración de nombres

transformados en sagrados para nosotros, él puede preparar, anunciar y operar acontecimientos y maravillas tan planeados que podrían engañar a los propios elegidos. ¿Cuál la razón entonces para que el propio Príncipe de las tinieblas se esfuerce para conferir a tales nombres una influencia tan considerable con poderes casi divinos si no para esconder cuanto sea posible el nombre del verdadero Dios, que no le permitiría moverse y lo relegaría a los abismos? Pues si es verdad que existen fuegos que producen irradiaciones y nubes sobre las cuales la imagen de cualquier objeto puede formar reflejos aparentes, es aún más verdadera la existencia de un fuego vivo que opera en el silencio y que oculto como aquel de la naturaleza, produce sin parar, los mismos objetos mostrando toda regularidad en sus formas y haciendo desvanecer delate de sí todas las deformidades.

Ciertamente el Príncipe de las tinieblas con los nombres de las cuales se sirve, puede simplemente ejecutar obras inferiores e ilusorias. Él tiene por ello, la capacidad de sustituir en gran número de casos distintos obras auténticas por sus semejanzas con una analogía doctrinal que fundamentada sobre nuestra peligrosa sensibilidad, engaña el corazón con una seductora dulzura y el espíritu con la maravilla de la conformidad de la misión y la correspondencia de los hechos.

Si fuésemos menos imprudentes, esta misma uniformidad no debería deslumbrarnos mucho más. Efectivamente el mismo agente influyendo sobre tales misiones, dirige todas las maravillas, si en uno u otro caso es animado por el fin de deslumbrarnos al revés de instruirnos y si debe operar siempre sobre las mismas bases: conociendo nuestra franqueza y nuestra ávida curiosidad (que así toman las tonalidades de nuestras verdaderas necesidades) es natural que él deba obtener siempre los mismos resultados.

En la uniformidad de estas profecías y de estas misiones puede haber una semejanza con aquellas sacras: de hecho ambas nos anuncian los mismos eventos y manejan el mismo lenguaje. Todo esto no quiere decir que no podamos ser engañados por las tonalidades aparentes y que el error no pueda, como la verdad, tener un lenguaje asonante y testimonios uniformes.

Existen señales por medio de las cuales podemos cuidarnos de los engaños. Basta pensar en los elogios que los agentes de estas diversas misiones hacen abundantemente a aquellos que son llamados y las promesas sobre los brillantes papeles que realizarán. Sabemos por otro lado que los verdaderos profetas son poco elogiados y que el Hombre que redimió nuestras culpas prometió a sus propios discípulos solamente ultrajes y persecuciones.

Otra señal reveladora del engaño, nos es dado por la divergencia de las misiones extraordinarias con respecto al carácter de las misiones fundamentales del Reparador que es la única sobre la cual se puede modelar todas las misiones verdaderas.

Las misiones más próximas de nosotros en el tiempo, se apartan del espíritu del Reparador cuando localizan sobre la tierra el punto focal de las gracias divinas que él prometió a las Naciones y para las cuales no estableció ningún lugar basado en las palabras que dice a la Samaritana. Juan 4: 21-23: *“Viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre...Viene la hora e ya llegó en que los verdaderos adoradores han de adorar al Padre en espíritu y verdad y son éstos los adoradores que el Padre desea”*.

Las misiones se apartan del espíritu del Reparador, cuando sujetan sus agentes a las reglas humanas e ascéticas discutibles que el Reparador no la había instituido de hecho y que siendo fundamentadas solamente sobre un carácter convencional y figurativo, nos ofrecen la posibilidad de dar una opinión sobre el Príncipe oculto que opera la confusión de las propias misiones. Si no fuera por el Príncipe de las tinieblas que las dirige y que se sirve de normas inconsistentes para sofocar la verdadera piedad, puede ser que sean

entidades que ya partieran de este mundo y que estarían incorporadas en aquellas instituciones convencionales o figurativas, durante sus vidas terrenas. Éstos, detenidos en las regiones inferiores, que todavía no ascendieron a las regiones de su perfecta renovación, pueden conservar relaciones terrenas en el orden de la piedad inferior y en estas relaciones saben enseñar solamente doctrinas reducidas y limitadas en las cuales fueran instruidos sobre la tierra y de las que todavía no tuvieran tiempo de separarse.

La tercera señal reveladora para mantenernos atentos cuanto que un posible aspecto negativo de las misiones extraordinarias, consiste en analizar el motivo por el cual las mujeres, dada su sensibilidad son preferidas en lugar de los hombres para ser colmadas de todos los favores de la gloria que tales misiones prometen a sus agentes y para reinar en esta especie de imperio. De hecho, Isaías nos aclara bien este punto cuando reprende al pueblo por *“dejarse dominar por las mujeres”* (3:12).

Para algunos hombres que ejercen papeles representativos en el ámbito de las realizaciones extraordinarias y de manifestaciones de fuerza ligadas con el nombre de la Virgen y de muchas otras criaturas privilegiadas, las mujeres se prestan en masa a desarrollar en cualquier lugar la función de anunciadoras y de misioneras.

No hablo aquí de las instituciones religiosas que la ignorancia, la superstición y la mala fe consolidaran bajo el amparo de aquellos nombres fascinantes, dirigiendo sin límites el entusiasmo de las poblaciones ignorantes. Las desarmonías que de ahí derivan son comparables con aquellas que derivan de un abuso análogo en el orden de las manifestaciones.

Para convencernos es suficiente detener la atención sobre los principios ya expuestos. Antes de más nada, nosotros fuimos elegidos para ser la señal y el testimonio de la Divinidad y de ningún otro ser. Además de eso las Sagradas Escrituras, que son el archivo fiel de nuestros títulos y de nuestro destino, nos dicen del Reparador en Hechos 4:12: *“En ningún otro hay salvación, porque en ningún otro nombre fue dado bajo el cielo a los hombres por quien podamos ser salvados”*.

En vano los defensores de nombres nuevos y diferentes se apoyan en las palabras del propio Reparador que en Apocalipsis 2:17 promete: *“dar a los victoriosos el maná sagrado, y una piedra blanca sobre la cual será escrito un nuevo nombre desconocido a todos excepto a aquel que lo recibe”*.

Tales palabras están dirigidas contra los mismos partidarios de nombres nuevos, porque como no se espera que sean victoriosos para ofrecer a ellos un nuevo nombre, se demostró que la promesa no se refiere a aquellas manifestaciones.

Además de eso, estos nuevos nombres no son conocidos, solamente por aquellos que los reciben, más también por aquellos que no los reciben, en cuanto el nuevo nombre prometido por el Reparador no es conocido por ningún otro y no es de aquél que lo recibe. Este mismo Reparador dice en Apocalipsis 3:12: *“Cuanto al vencedor, haré de él una columna en el templo de mi Dios. Y él nunca saldrá fuera del templo y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios de la nueva Jerusalén, aquella que desciende del cielo de mi Dios, y mi nuevo nombre”*.

Estas promesas anuncian que aún habrán favores para aquellos que aprovecharan los dones ya traídos por el Reparador. Consecuentemente anuncia un incremento de aquél nombre libertador que él ya nos enseñó. Ahora, dado que las manifestaciones de emotividad apresada e inconsciente, en base a un pretendido aumento, ofrecen en el fondo un nombre de criaturas simples, que abusan de nosotros, contradicen los verdaderos principios de nuestro ser, injurian las Escrituras, anulan las promesas pretendiendo falsamente abolirlas.

Cuanto hay que habla respecto a las manifestaciones y sus misiones que se presentan bajo el nombre del propio Reparador, no sólo no nos dan un verdadero nuevo nombre,

sino atribuyen al Reparador un papel y un lenguaje en el cual el propio Reparador no se reconocería.

Capítulo VII

El Príncipe de las tinieblas posee el poder funesto más infelizmente verdadero de apoyar sus falsas doctrinas y sus manifestaciones arbitrarias en los diversos testimonios de las Sagradas Escrituras. Con armas análogas osó tentar al Reparador y a todos aquellos que, bajo el ejemplo de hombres superficiales y crédulos, están más sometidos a las tradiciones que a la ley, y no se nutrieron del espíritu para defenderse de las celadas de la letra. Así, el Príncipe de las tinieblas desvía hábilmente nuestro pensamiento del único ser que debemos adoptar, del único ser que debe iniciarnos en su culto, a fin de que tal culto descienda sobre seres y nombres inferiores: de éstos nos separamos con gran pesar, pues los frutos que nos ofrecen son más fáciles de obtener, y frecuentemente nos cuestan solamente la adhesión pasiva, sin ningún análisis, seguido del impulso del deseo. De esta forma él consigue esconder de nosotros, nuestro título humillante de *Ecce Homo*, diciéndonos que las obras de misericordia del Señor crecen en nosotros; anunciándonos con mucha facilidad que estas obras de misericordia se difunden por nuestro intermedio; y exaltando frente a nuestros ojos la grandeza de nuestra santidad y el poder de nuestras oraciones. Él retarda así cualquier acción directa y personal verdaderamente dirigida a nuestra resurrección. De hecho, el Príncipe de las tinieblas favorece nuestro orgullo y la ambiciosa ser de elevarse y resplandecer solamente a través de nuestras propias fuerzas. Así él se transforma en la *“verdadera e insidiosa figuración de la sierva”* capaz de exaltar nuestro amor propio como aquella, que siguiendo a San Pablo no paraba de llevar con su adivinación grandes ganancias a sus patronos (Hechos 16: 16-17). El Príncipe aún engaña a las naciones como engaño a los judíos diciéndoles a ellos por medio de sus falsos profetas: *“la paz, la paz cuando no existe absolutamente ninguna paz”*, así es como reprendía a los judíos Jeremías en 6:14. En fin, el Príncipe abusa de la superficialidad de las personas anunciando a través de varios oráculos que surgen en todas partes, una pretendida regeneración terrena que muchos consideran como cierta y próxima.

Los profetas y los apóstoles decían, si que la hora estaba próxima y que el Reino de Dios estaba próximo, más hablaban de una proximidad en espacio y no en tiempo. Por otro lado ellos no cesaban de repetir que esta hora y este reino serían alcanzados solamente por aquellos que hubiesen conquistado el precio por la propia sangre. De resto, éstos abrían a los hombres los tesoros de la esperanza solamente después de haberlos inducido a abandonarse al combate con la más firme resolución.

Prácticamente ningún hombre conocerá las dulzuras prometidas para el reino futuro sin que él mismo no se precipite en el crisol de la regeneración, de donde sale renovado.

En fin, el Reparador, que es el propio Reino, predicaba simplemente la penitencia y prometía paz a las almas solamente después que éstas hubiesen obtenido el propio juicio sobre él. Al contrario los profetas modernos que son simplemente hombres, anuncian la conquista del Reino como una cosa tan fácil y segura que parece casi poder conquistarlo por exención, por solicitud o por simples apropiaciones de iluminaciones independientemente de nuestro completo sacrificio y de esfuerzo de todo nuestro ser.

De cualquier manera, no es necesario temer a los oráculos modernos, con sus semejanzas generales, como una amenaza del Príncipe de las tinieblas. Éste en efecto, sabiendo que un día llegará el reino de la gloria, tiene la perspicacia de recordarnos esta

verdad para adquirir credibilidad de nuestra parte, más al mismo tiempo, poco evidencia la luchas arduas que es necesario en primer lugar sustentar, haciendo todo esto para impedirnos alcanzar aquel reino glorioso del cual él mismo nos habla.

¿No se comportaba así en el tiempo de Jeremías? Lamentaciones 2:14: *“Tus profetas se vuelven hacia ti vacíos en apariencia; no revelarán tu falta para cambiar tu suerte, te servirán oráculos de vacío y seducción”*. ¿No gobernaba así a los judíos en el tiempo de Isaías? Como atestiguan las reprimendas que Dios dirige a ellos a través de este profeta en 30:10, de ser como niños dicen a los videntes: *“No queráis ver”* y a sus profetas: *“no procuréis tener visiones que les revelen lo que es recto. Decidnos antes cosas agradables, procurad tener visiones ilusorias...”*

No me sorprendería si todas las profecías, en una sucesiva regeneración, fuesen solamente instrumentos de la astucia adoptados por nuestro enemigo para retardar el proceso del ascenso del hombre.

Es verdad que Dios está cerca de nosotros, más casi todos nosotros estamos lejos de Dios; y operar de modo tal al reaproximarnos a él es tan fatigante que casi nadie puede tomar ese camino. ¿Cómo podría nuestra fe no ser fácilmente seducida por nuestra pereza cuando algunas profecías nos muestran la regeneración bajo aspectos menos terrificantes? Ciertamente el enemigo, que tiene solamente el objetivo de retardar nuestro camino, no dejaría de ofrecer esta atrayente idea a todos aquellos que recorren caminos extraordinarios. Él sabe que suscitando en ellos una dulce esperanza, la falsa alegría recibida anticipadamente parece decir a los hombres que obtendrán la verdadera alegría sin esfuerzo y sin el pesado rigor de la privación universal, esto es sin aquel terrible, mas saludable sentimiento de nuestro deplorable estado de *Ecce Homo*. Naturalmente el error es fácil de enraizarse en nuestra frágil y necesitada humanidad. Al apoyar cuanto sustento, noto que es necesario constatar como para algunas personas, estas promesas ilusorias animan el coraje y la actividad, más sobre otros tiene el efecto contrario. Efectivamente, si la mayor parte de aquellos que se abandonan a esta opinión, quisiesen analizarse a sí mismos verían que su entusiasmo se apoya en parte sobre su pereza interior y sobre la secreta esperanza que los tiempos felices llegarán rápido y fácilmente y sus culpas personales serán disminuidas o aliviadas por los esfuerzos de todos los elegido admitidos en la regeneración.

Pienso que aquellos seres creerán tener las sensación de ser arrastrados por el torrente general en este gran mar y creo que la esperanza tan seductora de tal viva felicidad, adormezca un poco en ellos la contemplación de las duras pruebas y de las terribles luchas, precio con el cual cada individuo debe conquistar la victoria. Cuanto más la esperanza les muestra a ellos el fin consolador, a lo cual todos nosotros podemos aspirar, más ocultos son los difíciles caminos que los conducen, de tal forma, que éstos consideran que ya han llegado, en lugar de recorrer los más horribles desiertos y de destruir las guaridas más peligrosas.

Por lo tanto no es para maravillarse que éstos se alegren tanto contemplando semejante perspectiva de placeres pues, su espíritu atrae la alegría anticipadamente, y el alma se siente de cualquier forma como si ellos ya poseyeran tal alegría.

Más si es verdad que nosotros podemos obtener una corona semejante solamente al precio de nuestro sudor y de nuestra sangre, es claro que el espíritu que nos nutre de tales promesas es un espíritu que abusa de nosotros y busca adormilarnos y distraernos de los verdaderos sacrificios que debemos cumplir. De este modo, aliviando nuestros sacrificios y trabajos rumbo a lo alto, nos coloca en condición de ver disminuida nuestra recompensa cuando llegase el momento de recibirla. El espíritu de seducción adoptará todos los medios para operar este efecto sobre los seres humanos, y cuanto más

hayamos sufrido y merecido obtener nuestro premio, más él estará encerrado y atormentado en los abismos de la privación.

El reino de los mil años al cual se refiere el Apocalipsis en el capítulo 20, es la base sobre la cual se apoyan todos aquellos que confían en determinadas promesas. Ellas tendrían una apariencia razonable, según el texto, sin que se supiese detener en el momento justo donde son puestos límites en el propio texto: *“Vi entonces un ángel descender del cielo trayendo en la mano la llave del abismo y una gran cadena. Él agarró al dragón, la antigua serpiente – que es el diablo, Satanás- lo encadenó por mil años y lo arrojó dentro del abismo, cerrándolo y lacrándolo con un sello para que no sedujese más a las naciones hasta que los mil años estuviesen terminados. Después de esto, él deberá ser soltado por poco tiempo. Vi entonces tronos, y a los que en ellos se sentaron les fue dado el poder de juzgar. Vi también las vidas de aquellos que fueran decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y de los que no habían adorado la bestia, ni su imagen, ni recibido la marca sobre la frente o en la mano: ellos volverán a la vida y reinarán con Cristo durante mil años”* (20:1-4).

Está claro en base a estas palabras que existen dos razones distintas por las cuales se cumplirán estas diversas promesas. Una es la tierra visible y podrá encontrar un poco de alivio por sus pruebas y por sus tentaciones, durante el período en el cual la serpiente será encadenada. La segunda es la razón espiritual e invisible del hombre terrestre, donde serán reunidos los justos bajo su jefe divino para juzgar a los muertos, los cuales aún no retornarán a la vida y no tomarán parte en la primera resurrección.

Por causa de aquel estado de alivio pasajero que, en base a la profecía, la tierra visible probará que no es necesario que los cielos sean recorridos nuevamente como un manto común por que la tierra no será devuelta a la pureza original. De resto, degradado el aprisionamiento de su enemigo, los hombres aún conservarán en sí mismos muchos aspectos negativos para que el Reino de Dios pueda establecerse por intermedio de ellos.

Su alivio será todavía alimentado por aquella asamblea santa e invisible que existirá por mil años en las regiones superiores a la del hombre, que por un lado mantendrá el enemigo en el abismo, y por otro lado comunicará más directamente a los seres terrestres los rayos divinos bajo los cuales cada cosa será visible. Más los hombres en lugar de aprovechar todas estas ventajas, permitirán que aspiraciones perversas fermenten en su interior, y así se harán tan culpables e incitarán la cólera divina, tornándose incapaces y desperdiciando los últimos auxilios enviados por la misericordia suprema. Cuando fuera cumplida la medida, el enemigo será liberado de las cadenas por algún tiempo y hará tantas obras de devastación cuanto más los hombres hubieran establecido relaciones con él.

Será entonces, alcanzado tal exceso de desorden que, derramando las injusticias sobre la tierra, atraerá sobre ésta el fuego del cielo enviado por Dios para operar la destrucción (20:9). *“Vi después un gran trono blanco y aquel que en él se sienta. El cielo y la tierra huirán de su presencia sin dejar vestigios. Vi entonces los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y se abrían libros. También fue abierto otro libro, el de la vida. Los muertos fueron entonces juzgados conforme a su conducta, a partir de lo que estaba escrito en los libros”* (20:11-12). *“La muerte y el infierno fueron lanzados al estanque de fuego. Esta es la Segunda muerte, el estanque de fuego. Todo aquel que no fue encontrado escrito en el libro de la vida, fue lanzado al estanque de fuego”* (20: 13-15). En fin: *“descenderá la nueva Jerusalén”* (21:1-3).

Todas las atribuciones que anteceden a estos horribles desordenes del fin de los tiempos, son solamente el *“inicio de los sufrimientos”* (Mateo 24) y por lo tanto no se producirá la destrucción del mundo visible. Representarán por el contrario una tentativa del amor

divino dirigida a los hombres, para persuadirlos a la penitencia a través de los flagelos de los enviados. Estos flagelos serán después suspendidos por un tiempo que se define como mil años, no solamente para que el hombre pueda trabajar sobre esta tierra y volver al camino de la justicia más también en analogía a aquello que sucedió en la historia universal y espiritual del hombre y aquello que sucede en el orden de su vida física.

Antes del diluvio, las Naciones vivían en paz, *“los hombres tomaban las mujeres y las mujeres tomaban a los maridos”*. Todavía las abominaciones de la raza de Enoc habían devorado la tierra y establecieron el reino del demonio, e la cólera de Dios la destruyó. Al final de la guerra de Antíoco y Pompeo, los judíos estuvieron en paz durante algún tiempo bajo Augusto, en el nacimiento del Salvador y durante su misión, si bien que los Sacerdotes y los Doctores fueron solamente instrumento de la injusticia, según los Profetas, no obstante este mismo pueblo estuvo a punto de ser exterminado por los Romanos.

Según el orden físico, frecuentemente se nota que los dolores y los sufrimientos paran algunos momentos antes de la muerte. Esto sucede sea por un debilitamiento de la acción del mal, sea para dar al alma la posibilidad de reconocer y asegurar la propia suerte con la penitencia, aceptando un sacrificio y voluntario. Es probable también que en el momento en que los dolores del enfermo se alivian, se establezca visiblemente sobre él un pequeño *“reino de los mil años”*.

Esto equivale a decir, una especie de juicio o de enfrentamiento su libro de la vida y su libro de la muerte. Tal juicio puede mantener anticipadamente, como la primera muerte particular, la imagen de aquella primera muerte general que será poderosamente pronunciada en el momento del verdadero *“reino de los mil años”*. Si el hombre particular escapa a esta primera muerte preparatoria, es probable que la segunda muerte parcial – o sea la primera muerte del Apocalipsis – no tenga efecto sobre él.

Los verdaderos sufrimientos tendrán lugar cuando el enemigo sea liberado, y vendrá para devastar la tierra hasta la destrucción, así como vemos que en el hombre físico las angustias de la muerte lo atrapa y lo destruye después del intervalo de las suspensión momentánea. Estos sufrimientos, al revés de llevar a los hombres culpados a la renovación de sí mismos y al reino de la paz, son conducidos bajo la espada del juicio final, que tendrá lugar solamente después de la definitiva abolición de las cosas visibles y materiales. De resto, solamente después de este decretado final del dominio de la materialidad, los justos obtendrán la completa liberación de las regiones de las apariencias, a imitación del pueblo judío, que salió de Egipto al atardecer (Deuteronomio 16:6).

Capítulo VIII

Resaltando como hice, las precauciones al tomar lo que dije respecto a las misiones extraordinarias de los tiempos modernos, no pretendo culpar a los agentes que son utilizados. El ejemplo de ellos es ciertamente más útil que nocivo para aquellos que buscan alimentar la intensidad de su fe en lugar de avanzar en la luz. Más, dado que pueden también ser peligrosos para aquellos que no se limitan a esta sabia medida, creí tener el deber de prevenir contra las seductoras maravillas que los operadores de las misiones extraordinarias anuncian, y mostrar que no es bueno confiar ciegamente en sus inspiradores.

Independientemente de lo que dijimos sobre tales inspiraciones, no debemos olvidar que el pensamiento, la palabra y las obras del hombre llenan y llenarán el Universo, de una infinidad de obras y de resultados destinados a conservar su carácter original y a componer múltiples y diversas regiones donde se encuentran los idiomas, las iluminaciones, los descubrimientos y los verdaderos conocimientos que los hombres puedan traer a la luz. En estos, no obstante se encuentran también en gran medida, las ilusiones los errores y las hipocresías emanadas cotidianamente de todos los aspectos humanos: estas irradiaciones negativas aumentan de tal forma las sombras entorno al individuo, que con el pasar del tiempo éstas terminan con el “*no ver más claro*” de los egipcios en la hora de la liberación del pueblo de Israel.

Ahora, a menos que la llave divina no abra por sí el alma de los hombres, en el momento en que ésta sea abierta por alguna otra llave, se encontrará en el centro de alguna de aquellas regiones y podrá involuntariamente transmitirle el lenguaje. Este lenguaje, por más que nos parezca extraordinario, puede ser falso y engañoso; y más, puede ser un lenguaje verdadero mas no pronunciado con el espíritu de la verdad y consecuentemente los frutos no serán verdaderamente ventajosos.

Por lo tanto, creo ofrecer un consejo saludable a mis hermanos, diciéndoles: Hombres, mis amigos, desconfíen de aquellas alegrías y de aquellos entusiasmos que os provocan las misiones de seres escogidos, en las cuales encontráis amparo benevolente. Por que no estáis aún seguros que aquellos anuncios les darán tanto bien como placer, ya que no estáis seguros de tener ante vosotros el remedio para ser aplicado a las verdaderas heridas de vuestro ser; en fin, no estáis seguros que las alegrías que a vosotros prometen y que vosotros hacen saborear anticipadamente, no retardan las alegrías duraderas que podríais obtener de vuestro interior mas profundo.

De resto, si los anunciadores de las misiones hubiesen encontrado el reposo sereno del cual nos hablan, vosotros aún no estaréis prontos para esto. Tal vez por el contrario, sería funesto para ellos y para vosotros si la hora conclusiva llegase así anticipadamente, si vosotros y ellos no hubiesen tenido la preocupación de purificarse antes para no temer ninguna de las terribles catástrofes que precederán al reino glorioso que os prometen.

Me atrevo a repetirlo: permaneced en un estado de prudencia entre los prodigios y las predicciones que os rodean; recordaos de lo que dice el Señor a través de Jeremías 23: 31-32: *He aquí que estoy contra los profetas, dice el Señor, que usan su lengua para decir: “He aquí lo que dice el Señor: He aquí que estoy contra los profetas que profetizan sueños mentirosos, dice el Señor, que les cuentan y seducen a mi pueblo con sus mentiras y sus errores. Más Yo no os envié, no les di ordenes, y no son de ninguna utilidad para este pueblo”*.

Para mostraros como los errores de este tipo son destructivos, y como las falsas misiones y las promesas ilusorias de un reino terrestre glorioso os engañan, aprended a que precio el hombre, aquí sobre la tierra, puede obtener cualquier iluminación y dar cualquier paso en dirección a la regeneración.

Después del pecado, los rayos de vuestra esencia divina se encuentran encadenados a una de las potencias de vuestra materia. Los elementos no pararán desde aquel instante, de circular en torno de vosotros y de envolveros como un gran número de lazos que se acumulan y se cierran a medida que gira la rueda de vuestros días. Vuestras negligencias y flaquezas después del primer crimen profundizarán aún más los rayos divinos en las tinieblas, y aumentarán el horror de vuestra prisión. Es necesario que a cada paso cumplir para aproximarse a la razón de la luz, una parte de los obstáculos materiales se desenrollan penosamente sobre nosotros, como las ataduras de una herida se desenrollan dolorosamente, cuando es necesario verla y medicarla. Es necesario que sobre esta parte de los obstáculos se encuentren impresos los trazos del tipo de

corrupción que os corroe y del cual estáis infectados. Entonces es necesario que se pronuncie en voz alta, a los ojos de todo aquello que os contempla, un juicio severo y riguroso, y vosotros humildemente reconozcáis la justicia.

Es necesario que estos obstáculos que os aprisionan se aparten gradualmente y se manifiesten en la calidad de otros tantos juicios contra vosotros.

Es necesario que la larga serie de obstáculos y juicios se extienda desde vuestro ser hasta aquel tiempo de paz del cual el pecado os apartó, pues tal encadenamiento es el que determina la distancia.

Además de esto es necesario que esta larga condena esté presente a vuestros ojos, a fin que tengáis continuamente delante de vosotros el temible cuadro de lo que le cuesta al hombre los progresos de la búsqueda de la verdad, a fin que afrontéis el camino con prudencia y confeséis que cada paso cuesta un dolor y una separación. De hecho, vuestro ser hoy está compuesto de la ciencia del bien y del mal, y es necesario que vosotros adoptéis la facultad de aclarar y de discernir los diversos campos; es este el verdadero sentido del Deuteronomio 16:3: “...para que recuerdes el día que saliste de la tierra de Egipto, todos los días de tu vida”.

En fin, es necesario que los obstáculos materiales de todos los hombres se desarrollen así, y que todos los juicios que éstos tengan merecidos sean revelados y expuestos en la universidad de la vida, a fin que las Naciones conociendo el veneno que infecta al individuo, puedan decir con horror y desprecio a su vida: *Ecce Homo*. Sólo entonces el reino glorioso podrá descender hasta el corazón del hombre, sólo entonces, sin temor al engaño el hombre podrá aspirar a la regeneración. Solamente cuando este título de *Ecce Homo* y el juicio que de él deriva, estarán esculpidos en todas las regiones del universo, la justicia estará completamente satisfecha.

Por una espiritual analogía, lo que acontecerá entonces al hombre universal debe ocurrir desde ya a cada uno de vosotros en particular, ¿quién podrá proceder en esta ascensión?

No podéis dudar, y aquél que no colocó su confianza en las vías artificiosas seguidas de la generalidad; más sintiendo en sí la dignidad de la propia esencia, se dirigirá solamente en dirección a la fuente de la cual desciende, siendo solamente ésta la única que puede generarlo nuevamente. Él desconfiando de todas las esperanzas que lisonjean su pereza y su orgullo, no se dejará seducir de hecho por las imágenes y por las obras que la ignorancia y las tinieblas se esfuerzan por sustituir. Aquel que es el único camino, la única verdad, y la única vida y que no puede ser substituido por nadie.

Infeliz de aquel que se dejará atraer por estas imágenes y por estas obras materiales de visiones inestables. Él estará tan angustiado en esta separación, al punto de sentirse como inmerso en un estado de miseria, y el hombre tema esta miseria más que a un veneno. Estéis pues atentos, al momento en que sentiréis esta privación, para no dirigirse a falsos dioses, y a no decir como el pueblo judía dice a Jeremías (44: 17-18): “Porque continuaremos a hacer todo lo que prometemos: ofrecer incienso a la reina del Cielo y hacerle libaciones, como hacíamos nosotros y nuestro país, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén: estábamos, entonces, hartos de pan, éramos felices y no veíamos la desgracia. Mas desde que cesamos de ofrecer incienso a la reina del Cielo y de hacerle libaciones, todo nos faltó y nosotros perecemos por la espada y por el hambre”.

Si os sujeta la pereza de vuestro corazón, vuestras alegrías serán pasajeras y terminarán con sufrimientos piadosos debidos a vuestras desilusiones y a vuestra ceguera. El mismo Príncipe que os indujo a estos sufrimientos, os conducirá triunfalmente hacia países distantes para manteneros en la esclavitud “en una tierra que vosotros y vuestros países no conocisteis; serviréis allá a otros dioses, de día y de noche, pues yo no usaré más misericordia con vosotros”. En cuanto siempre según Jeremías 15:19: “Por eso así

dice el Señor y retornas, yo te hago retornar y estarás delante de mí. Si separas lo que es valioso de lo que es vil, tú serás como mi boca”.

Cuanto a vosotros, ministros de la santa religión que fuisteis llamados a vigilar sobre el verdadero camino de la Alianza, que es el pensamiento del hombre, si no tomaran el lugar que les ha sido confiado, *“si dejaran a Dios bajo las tiendas y no construyeran ninguna casa después que él sacó de Egipto a los hijos de Israel, basado en las lamentaciones que el profeta Natan dirigió a David”*; sobre vosotros caerán diariamente las amenazas de las cuales los profetas procurarán alertar a los servidores fieles, y los perversos. Si las misiones de la ilusión y de las tinieblas deben tener consecuencias tan terribles sobre los órganos instrumentalizados y sobre las almas que estas arrastran, ¿lo que será de las verdaderas misiones convertidas en misiones de codicia, de mala fe y de sacrilegio voluntario? Sin duda no podéis elevar mucho la dignidad de vuestra persona pues según Ezequiel y Malaquías, deberéis ser los ángeles del Señor sobre la tierra, los centinelas de su pueblo.

Más en base al vasto cuadro que os fue ofrecido, ¿podéis asegurar que jamás habéis desviado la inteligencia de las personas de las propias fuentes más instructivas y confortantes? ¿De no haber deseado jamás subyugarla a una doctrina humanizada y con intereses? ¿De no haber dejado jamás a los pueblos solamente la fe necesaria para someterse a vuestro imperio? ¿De no haber retirado jamás del frente de sus ojos el cetro vivificante que la sabiduría eterna generó en la tierra, como sol de todos los pueblos? ¿De no haber construido jamás vosotros mismos una espada temible con el bastón de paz que os había sido confiado para gobernaros más en el amor que en la justicia? ¿De no haber abandonado jamás el título de pastor cuando era necesario instruir a vuestro rebaño y conducirlo al pasto; y de no estar vestido solamente cuando se presentaba la ocasión de abandonar aquél rebaño a la suerte fatal o de devorarlo vosotros mismos?

¿Estáis persuadidos que el espíritu del hombre deba contentarse con las respuestas que vosotros dais, cuando buscan saber porqué no nos ofrecéis más los dones y las iluminaciones de las cuales se alegran aquellos a los cuales vosotros sucedisteis en el tiempo? Ahora, vosotros decís que todas aquellas cosas eran necesarias para establecer la Iglesia y que no son más necesarias después que esta fue construida. Más los derechos de nuestro ser nos permiten de os preguntar de cual iglesia pretendéis hablar. Pues, seguramente no se trata de la iglesia en la cual se vio sustituir el espíritu conciliador del Evangelio, por la furia, la sangre y por la carnicería; ciertamente no es aquellas en la cual se vio sustituir las enseñanzas de sus fundadores, a quien el *“espíritu todo enseñaba”*, por doctrinas oscuras y contradictorias. Ni se trata de la iglesia en la cual, en lugar del espíritu del Señor que debería preservar las almas, se abrió la entrada a los falsos profetas que las hacen perderse y a los espíritus de Pitón que las infectan.

Los derechos de nuestro ser nos colocan también en condición de observar que vuestros *“fundadores eran admitidos a conocer los misterios del Reino de Dios, que curaban a los enfermos, que preparaban la cena del Señor, y que personaban los pecados a quienes debían personar”*.

Ahora, ¿porque de esos cuatro misterios habéis conservado solamente los dos que son invisibles, y por los cuales pedís aún una fe ciega, en cuanto apartáis siempre más de los ojos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia los otros dos dones que eran visibles, y que lejos de ser superfluos para nuestra fe, podrían haber guiado la fe de un pueblo?

¿Estáis seguros de ser irreprochables a los ojos de las naciones diciendo a ellas con certeza que crecen en vuestros pastos, en cuanto vosotros habéis tanto disminuido su sustento? Y también en las Naciones con santas instituciones que habéis conservado, ¿no habéis dado jamás los medios por el fin, las formas por los medios, e la tradición por la ley como reprendía o Reparador a los doctores judíos (Mateo 15)? ¿No teméis

hacer que las personas se adormezcan en un reposo apático, y de tal vez haber trabajado vosotros mismos para demoler aquella iglesia que nos anunciáis como bien consolidada?

Así se encuentra esta iglesia constituida, despreciando los daños por ella sufridos, sin los cuales no habría mediación entre el amor supremo y los pecados de la tierra. Así se encuentra esta iglesia constituida y sin la fuerza del hombre ni aquella del infierno prevalecerá sobre ella. Así se encuentra esta iglesia constituida solamente para un día deponer contra aquellos sus ministros que no le fueran fieles, para servir a ellos como vosotros de juicio y de condenación, cuando se lamentará delante del tribunal soberano, de las injurias que le causaran, transformando sus hábitos de gloria en hábitos de luto y de indignidad. Dado que ella habrá patrocinado aquí sobre la tierra la causa del amor, el propio amor defenderá por su lado la causa de esta iglesia delante del juez eterno de los cuales sus ministros habrán suscitado los terribles actos de justicia. Pensad como serán de terribles estos actos de justicia, pues serán aquellos del amor ultrajado y herido hasta en su misericordia.

Si estos juicios futuros os asustan, si por desgracia debiereis dirigir a vosotros mismos alguna de las reprensiones de las cuales hablamos, retornen lo más rápido posible a los caminos de vuestro sublime ministerio y prevengan aquellos terribles actos de justicia de los cuales están amenazados los apóstoles de la mentira que frecuentemente se encuentran sentados sobre la cátedra de la verdad. A ellos si dirigía David en Salmo (94:20): *“¿Puede el trono de la destrucción ser asociado a Ti? ¿Aquellos que tallan el mal en un estatuto?”* A ellos se dirigía Sofonías hablando de los crímenes de Jerusalén (3:3): *“Sus príncipes, en su seno, son leones que rugen; sus jueces son lobos de la estepa que no dejan nada para mañana”*.

¿Cómo hicieron aquellos ministros engañosos para alcanzar tal injusticia? Comenzaron con cerrar los ojos sobre la santidad de nuestra naturaleza, que nos llamaba a ser las señales y los testimonios de Dios de la paz del universo, y aún más cerraron los ojos sobre la terrible sentencia que envuelve toda la raza humana en el humillante significado de *Ecce Homo*. Por lo tanto no percibirán más aquel río de amor sobre el cual les habían establecido su ministerio para saciar las Naciones.

Sus inteligencias ofuscadas no reconocerán más las confirmaciones de la verdad reportadas en todas las líneas de la Santa Escritura. Consecuentemente, no pudiendo explicar las Escrituras con la única y verdadera llave verdadera, se esforzarán en explicar primero con la llave falsa de su ignorancia, después con aquella de la ambición y finalmente con aquella de las pasiones. Los ministros se tornarán así los exterminadores de nuestras inteligencias, y según Isaías (5:20): *“Al mal lo llaman de bien y al bien lo llaman de mal, transformarán las tinieblas en luz y la luz en tinieblas, cambian lo amargo en dulce y lo dulce en amargo”*. Éstos siempre según el mismo profeta (5:18): *“se apegan a la iniquidad, arrastrándola con las cuerdas de la mentira y el pecado con los tirantes de un carro”*. Éstos *“son los opresores que saquean al pueblo...tus conductores te desencaminan, desvían las veredas en las que debes andar”* (3:12).

En vano, dice Jeremías: *“querían justificar su conducta para retornar a la gracia del Señor, porque estos mismos enseñaban a otros el mal que hicieron, pues fue encontrada en sus manos la sangre de aquellos que asesinaran”*.

Éstos atacarán la verdad hasta en su santuario, que es el pensamiento del hombre y el verdadero depositario al cual deben responder.

Capítulo IX

Vosotros hombres de paz, hombres de deseo, no os desaniméis. Existen entre los ministros de nuestro Dios, hombres que aún siguen los caminos de los verdaderos Profetas, la santa caridad de nuestro maestro y las iluminaciones de sus Discípulos.

Unid vuestro destino al de estos hombres elegidos cuya beatitud consiste en haber respondido fielmente a su elección. Éstos os conducirán por los humildes caminos de *Ecce Homo*, la regeneración que es el objetivo de vuestro destino de origen.

Lejos de conducirnos por los caminos del despotismo y de la tiranía, os dirán que todos nosotros tenemos un cordero por maestro y que solamente cuando nos tornamos corderos como él, él nos reconocerá como sus discípulos y como sus hermanos.

Lejos de cavar delante de vosotros precipicios de tinieblas y de ignorancia, os dirán que el alma del hombre está hecha para abrazar en su pensamiento todas las obras que el origen de las cosas generó desde su seno. Pues si es verdad que el hombre debe ser el testimonio universal de Dios, ¿cómo podrá justificarse en tal papel, sin tener el conocimiento y la visión de todos los hechos a favor de los cuales está encargado de deponer?

Lejos de os dejar adormecer en un funesto letargo, y de os presentar como una empresa fácil para cumplir con su alto destino, os dirá que podéis ser testimonios de vuestro Dios, solamente cuando seáis verdaderos y confirmados en la justicia. Os citarán por ejemplo los tribunales humanos donde se hace jurar, los testimonios, para decir la verdad, más donde no se reciben, como testimonios, personas difamadas; instrucción simple, mas profunda que puede ampliar vuestra visión sea sobre vuestra naturaleza primitiva, sea sobre la entidad de vuestros deberes.

Lejos de os delinear la regeneración del hombre como fácil de conseguir, os dirá que la obtendréis solamente alimentando vuestro espíritu diariamente con el pan de la aflicción, como los israelitas comían el pan sin levadura para prepararse para sus solemnidades, y como enseña la siguiente recomendación dirigida a los primeros cristianos en la carta a los Corintios, I Corintios (11:26): *“Todas las veces que comieres este pan y bebieres esta cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga”*.

Os dirá que en nuestro interior más profundo, existe un hombre exterior más peligroso para nosotros y mucho más difícil de derrotar que el hombre material. Os dirá que procederéis por el camino rumbo a la regeneración, solamente cuando sintiereis desprecios contra aquel hombre exterior en lugar de murmurar contra vuestros semejantes.

Es necesario exponer aquí una nueva verdad útil y fundamental. Si los hombres analizasen la propia conducta y los murmullos de unos en relación a los otros, no habría una única represión dirigida a sus semejantes, de las cuales éstos no serían culpados. De hecho, ¿quién no comete la imprudencia de censurar a las personas que lo rodean? ¿Quién puede decir que esta imprudencia no sea la verdadera fuente de las faltas de aquellos de los cuales él se lamenta y de las injusticias que de ellos recibe? De resto, ¿quién de nosotros, colocado de frente a sí mismo, se considera irreprensible bajo todos los aspectos, que llenó a medida de los dones que le fueron concedidos y de los deberes que les fueran impuestos, para poder superar todos los obstáculos para manifestar las virtudes divinas, y de estar tan ligado al Señor para operar en la cualidad de su justo y potente instrumento? Si no alcanzáramos este punto, no debemos censurar a otros

hombres por las cualidades de las cuales están privados, pues era nuestro deber llenar sus deficiencias con el desarrollo de todas las facultades de nuestro ser.

Además de esto, si la negligencia y la codicia fueran el fundamento de los diversos actos de nuestra conducta debemos imputarnos nosotros mismos las consecuencias. Ahora dado que estos males son casi universales. En lugar de declamar contra las injusticias, incoherencias, y acciones desagradables de nuestros semejantes, debemos golpear diariamente en el pecho, pedir recíprocamente perdón y confesar públicamente unos a los otros que la causa de todos los errores de los cuales nos lamentamos, debe ser atribuida a nosotros mismos. Por lo tanto para retornar al orden de la justicia y de la verdad, cada palabra de cualquier componente del género humano debería ser una continua confesión general. *“Confesad vuestros pecados unos a los otros”* decía Santiago (5:16).

Lejos de querer someteros a su opinión, os verdaderos ministros de Dios (los cuales aún existen) precederán siempre, colocando a sí mismos a parte, de forma de dejar brillar la única llama que nos debe guiar. Tomarán por ejemplo, el príncipe de los apóstoles que hubiese escuchado lo que fue dicho al Reparador en la montaña santa: *“Este es mi hijo bien amado en quién puse mi amor, escuchadlo”*, no quería que nos basáramos solamente sobre las instrucciones que él comunicaba, y no temía agregar: *“Así demos mayor crédito aún la palabra de los profetas, a quién haces muy bien en entender, como a una lámpara que resplandece en las tinieblas hasta despuntar el día y surgir la estrella de la mañana en vuestros corazones. Pues, antes de todo debéis saber que ninguna profecía de las Escrituras es de interpretación personal...”*.

Vuestros instructores os colocaran en guardia contra todas aquellas manifestaciones en las cuales agentes particulares se presentan como necesarios para la salvación de las almas y a la renovación de la tierra. Así viene oculto el rostro del único agente que debemos seguir, habiendo en sí mismo consumado todas las cosas, pues todas las profecías sobre regeneración fueron expresadas por Jesús Cristo, y por lo tanto no resta otra cosa a cumplir que las profecías en torno al juicio, esto es aquellas sobre recompensa y condena.

Lejos de os prometer una paz segura, después de vuestra liberación carnal, seréis llamados y este juicio, los hombres elegidos os dirán que si no habéis testimoniado a favor de nuestro origen o de nuestra primera revelación – la cual iluminó los seres perdidos mas divinamente de los que las revelaciones de la naturaleza y del espíritu – deberéis ser obligados a dar otros testimonios a favor de todos los otros vínculos que el amor y la misericordia no cesarán, mismo después del antiguo pecado, de querer unir a vosotros, para os ofrecer la traducción fiel de aquel texto original que vosotros no podréis leer.

Os dirán que seréis juzgados en base a aquellas primeras relaciones con la Divinidad, pues las sucesivas alianzas poseen también sus testimonios, y el objeto de estos testimonios es el castigo de todos aquellos que son legítimamente culpados.

He aquí el porqué de la aparición de Moisés y Elías reviste gran importancia y aumenta el peso de la condena de los judíos.

Estos dos profetas depusieron sobre dos hechos de los cuales fueran testimonios oculares: Moisés por la publicación de la Ley y la promesa al pueblo de adecuarse a ésta. Elías por la perversión del pueblo infiel, y por los favores distribuidos por parte del cielo a favor de este mismo pueblo en el momento de la desesperación.

En el final de los tiempos estos dos profetas retornarán y estarán al lado del gran Juez. Ahí traerán cada uno un doble testimonio: la promulgación de la primera y la segunda Ley, o de las alianzas, y del abuso que de ellas hicieron los hombres. Ahora, ¿como

podrán los judíos y todos los otros hombres resistir la doble deposición de estos dos testimonios?

Además de eso, los hombres tendrán contra sí los testimonios de todas las manifestaciones de la naturaleza sin que éstos hallen de ellas hecho uso, y que habrán mostrado sensiblemente a los hombres las maravillas emanadas continuamente del magnífico manifestarse de la vida. Tendrán contra sí a las abundantes conquistas que las Sagradas Escrituras hicieran germinar en el ánimo de los justos que las estudiaran, analizaran y siguieran. Las Escrituras de hecho son una Santa simiente que Dios colocó en la tierra de los hombres, o sea en su alma y de la cual la Sabiduría espera que cada día sea una cosecha para nutrirse. Dado que el hambre de esta sabiduría aumenta inconscientemente en proporción a la privación en la cual la negligencia de los hombres la oprime, esta desechará en el momento del juicio final a aquel que no supo sustentarla, y a él opondrá el testimonio de la cosecha que el alma de los justos les haya proveído.

Además de eso los hombres tendrán contra sí los testimonios de las propias injusticias de sus cosechas hechas de ilusiones y mentiras. Así todo aquello que debería sustentarlo servirá para condenarlo, sea lo que de éste procede, sea lo que vendrá de la naturaleza, sea lo que vendrá de las dos Alianzas y finalmente el fruto de la cosecha de los justos.

De resto, no existe ningún hombre en particular al que no se pueda dirigir estas terribles verdades, pues no existe ningún hombre en el cual estas verdades no puedan realizarse.

Despertad por tanto hombres imprudentes y displicentes, temblad y orad para no ser sorprendidos por el desposeimiento de tantos testimonios, y de los justos reclamos de la sabiduría en el momento de la cosecha. Porque resonará entonces sobre vosotros aquel terrible *Ecce Homo*, y no será mas para abriros la puerta de la penitencia. Aquella puerta ya fue abierta por aquel que vino para os conferir este nombre. Este nombre será pronunciado para os afligir bajo un severo juicio en la profundidad del abismo.

Si no existe ningún hombre en el cual no pueden realizarse todas estas importantes verdades, convenceos por lo tanto hombres de paz, hombres de deseo, que cada individuo nació para ser testimonio de todas las otras obras realizadas por la Sabiduría eterna a favor de aquel ser estimado que es a su imagen. Convenceos que cada uno de nosotros debería ofrecer un testimonio activo de los dones y de los favores que esta sabiduría derrama continuamente sobre la tierra, y nosotros debemos deponer, activa y concretamente, a favor de todas las alianzas que Dios contrajo con nosotros desde el origen de las cosas. No debemos demorar en cumplir una obligación tan importante. Debemos al revés, temer salir de este mundo antes de haber sido realmente testimonios de los pactos supremos que esperan nuestro testimonio efectivo y demostrativo. Debemos temer por no haber satisfecho las condiciones como podíamos, antes de comparecer de frente a este tribunal superior, donde se efectúa una relación fiel de todos los testimonios que fueran prestados a la eterna y serena generosidad de nuestro Dios. No dejemos de considerar que cuando descendemos de nuestro lugar sublime, arrastramos todo con nosotros en nuestra funesta e ilusoria apariencia, y consecuentemente estamos siempre en condición de reencontrar todo, entramos en los caminos que si siguieran a nuestra caída y que no cesan de colocarse delante de nosotros. No bastaría que o Reparador hubiese traído para nosotros y a los ojos de todos el título humillante de *Ecce Homo*. No serían suficientes todos aquellos tesoros de iluminación y de valores que él abrió para los hombres con sus enseñanzas y con su ejemplo. Él habría realizado solamente la mitad de su objetivo, el gran objeto de nuestra regeneración, si hubiese obrado solamente sobre la superficie terrestre en la cual habitamos, y en los lazos de su forma material.

Mas después de haber permitido sacrificar aquella forma, que es la verdadera señal de nuestra perversión, y el involucramiento de Adán pervertidor, subió a las regiones

superiores rodeado por una forma pura; cuando del seno de aquella forma tan santificada, fue confirmada la elección de los apóstoles, a los cuales había sido dado el encargo de presentar a sus ovejas y de difundir la Buena Nueva; cuando en fin fue enviado de lo alto de su trono celeste el Espíritu Santo que debía enseñarles todas las cosas y cuando se verificó esta predicación por intermedio del don de las lenguas, no faltaba más nada en el cuadro de la historia universal de la humanidad que el divino Reparador hubiese venido a exponer a nuestros ojos.

Hombres, mis hermanos que podéis leer en este Reparador la historia universal del hombre, ¿qué agente os puede enseñar otra cosa? ¿Dónde podéis alcanzar las enseñanzas que esta fuente no haya presentado? Si después de habernos mostrado en su persona la ejecución de aquella detención rigurosa que nos condenaba a portar ignominiosamente, más humildemente, el título de *Ecce Homo*, él llevó completamente al término su obra. Él nos mostró como, siguiendo sus pisadas y los caminos que nos abrió, podemos estar seguros de ascender nuevamente un día en dirección a las regiones de la luz, y se dirá de nosotros gloriosamente a nuestra llegada a las planos superiores, aquello que se dice de nuestro origen: *Ecce Homo*. ¡E aquí el hombre, e aquí a imagen y semejanza de nuestro Dios, e aquí la señal y el testimonio del principio eterno de los seres, e aquí la manifestación viviente del axioma universal!